4905

Gabriela de
Belle-Isle

12

GABRIELA DE BELLE-ISLE.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

del célebre Alejandro Dumas,

TRADUCIDO

POR

DON ISIDORO GIL.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.

El duque de Richelieu, *par de Francia.*
El Caballero de Laferté, *teniente de guardias del rey.*
El duque de Aumont, *capitan de guardias.*
El baron de Lanta, *teniente de la compañia de caballeros gendarmas.*
Chamillac.
La marquesa de Prie.
Gabriela de Belle-Isle.
Marieta, *doncella de la marquesa.*
Un criado de la servidumbre de la marquesa.
Otro idem del duque de Richelieu.

La escena pasa en Chantilly en los dias 25 y 26 de Junio de 1726.

Este drama es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Un tocador elegante contiguo á una alcoba.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA DE PRIE, *sentada al tocador.* MARIETA *abriendo varias cartas y arrojándolas una por una en un pebetero donde arden perfumes.*

Marq. Mira en seguida la firma y no te pares en mas. No hay una sola de esas cartas cuyo contenido no sepa ya de antemano.

Marieta. Muy indiferente está hoy mi señora marquesa.

Marq. Pero no ves que todas esas protestas de amor no se dirigen ni á la hija del arrendador Pleneuf, ni á la muger del marqués de Prie, sino á la dama á quien obsequia el duque de Borbon, sucesor del regente y primer ministro de S. M. Luis XV? Quema, quema.

Marieta. (*Leyendo las firmas.*) El señor de Nocé.

Marq. (*Arreglándose el peinado.*) Quémala.

Marieta. El baron de Durás.

Marq. Quémala.

Marieta. El duque de Aumont.

Marq. Quema, quema.

Marieta. Vamos, bien podemos decir que hoy hemos convertido en humo una buena dósis de amor.

Marq. Estan ya todas?

Marieta. Todas.

Marq. Y no has leido ninguna del duque de Richelieu?

Marieta. Ninguna.

Marq. Es cosa rara.

613059

Marieta. Me permitirá la señora marquesa que la diga que me tiene sobresaltada de algunos dias á esta parte?

Marq. Por qué?

Marieta. Porque la veo predispuesta á enamorarse de veras.

Marq. Del duque?

Marieta. Del duque.

Marq. Pero... lo crees eso formalmente?

Marieta. Y me lo temo, por lo cual suplico á mi señora que preste atencion á esa enfermedad, porque es mal que puede ocasionar la muerte.

Marq. Buena es esa.

Marieta. Dígalo sino lo que sucedió con madama Michelin.

Marq. Era una tapicera...

Marieta. No importa; yo en lugar vuestro, señora, me precaveria contra la dolencia.

Marq. Y por qué sospechas tú que podria presentar en mí ese carácter de gravedad?

Marieta. Por los síntomas.

Marq. A ver...?

Marieta. Hay inquietud cuando no viene carta suya; indiferencia cuando llegan cartas de otro cualquiera; y por último, el síntoma mas peligroso, una fidelidad de tres semanas; la enfermedad está en su tercer grado y último período.

Marq. Pues aun te admirarias mas si te dijese una cosa.

Marieta. Cuál?

Marq. Curiosa!

Marieta. Perdonad, señora, hace tanto tiempo que no he tenido ocasion de admirarme por este estilo.

Marq. Bien, escucha: el duque me es constante.

Marieta. Me permitirá mi señora que lo dude?

Marq. Duda si quieres, yo estoy segura de ello.

Marieta. A pesar de su viaje á París?

Marq. A pesar del viaje.

Marieta. Entonces es fuerza que le hayais dado algun hechizo.

Marq. No, pero él me ha dado á mí su palabra.

Marieta. El viento se lleva palabras y plumas.

Marq. (*Sacando de una bolsita una moneda partida por enmedio.*) Ves esto?

Marieta. La mitad de una moneda de oro?

Marq. Sí: pues bueno; todavía no me ha enviado la otra mitad el duque de Richelieu.

Marieta. Lo cual quiere decir...

Marq. Que me ama siempre.

Marieta. Eso necesita aclaraciones...

Marq. No muchas... Lo que hace desgraciados en amor no es tanto el no ser amado cuando uno ama, como el ser amado todavía cuando uno ya no ama.

Marieta. Eso que acaba de decir la señora marquesa es altamente filosófico.

Marq. Ahora bien: cuando volví á entablar relaciones con el duque de Richelieu luego que volvió de Viena, acordamos una cosa, y es, que bajo ningun pretesto ni escusa estas relaciones serian para nosotros una cadena: por consiguiente, partimos un zequí en dos mitades iguales, y quedamos convenidos en que el primero que cesase de amar al otro, le enviaria la mitad del zequí, exigiéndonos palabra mútua de que el que la recibiese no tendria que replicar la menor palabra ni proferir la menor queja. El duque no me ha enviado aun la otra mitad: luego me ama todavía. (*Vuelve á meter la media moneda en la bolsa, y deja esta sobre el tocador.*)

Marieta. Oh! no hay duda que la idea es sumamente ingeniosa; tal vez sea costumbre de Austria y nos la haya traido de alli el duque; si fuese asi sería una gran prueba en favor de la civilizacion alemana.

Un lacayo que sale. El duque de Richelieu desea ponerse á los pies de mi señora.

Marq. El duque de Richelieu?

El lacayo. Acaba de llegar de París ahora mismo, y pregunta si está visible la señora marquesa.

Marq. Sí por cierto. (*Vase el lacayo.*) (*A Marieta.*)

Ahi tienes el motivo de no haber yo recibido carta suya.

Marieta. Habeis hecho un milagro. Me retiro, señora?

Marq. Espera un momento; estaria mal visto que me dejases tan pronto sola.

ESCENA II.

DICHAS. EL DUQUE DE RICHELIEU.

Duque. (*Desde la puerta.*) Me perdonará la señora marquesa que entre á verla con botas y espuelas?

Marq. Ha podido dudarlo por ventura el señor duque?

Duque. Será fatuidad, (*Besándola la mano.*) pero os juro que no.

Marq. Vos, duque, permitireis tambien que esta muchacha acabe de vestirme?

Duque. Pues no? (*Apoyándose sobre el canapé en que está sentada la marquesa.*)

Marq. Con que llegais de París?

Duque. Hace diez minutos.

Marq. Y qué ocurre alli de nuevo?

Duque. Procesiones y rogativas, en las que han sacado el cuerpo de Santa Genoveva.

Marq. Para qué?

Duque. Para que salga el sol.

Marq. Y los parisienses se encomiendan para eso á Santa Genoveva?

Duque. Qué quereis? Ignoran que sois vos la que dispone de la lluvia y del buen tiempo.

Marq. A propósito, habreis visto á madame Dallainville?

Duque. Sí, en casa de Charrost.

Marq. Y qué hace?

Duque. Sigue enflaqueciendo.

Marq. Oh! es imposible; si estaba transparente.

Duque. Bien, pues ahora se quedará invisible é impalpable! Y por acá?

Marq. Nada que merezca llamar la atencion. El duque de Borbon ha pasado el tiempo cazando: yo aguardando á que volvieseis.

Duque. Creía encontrar aqui al baron de Lanta.

Marq. Y aqui está en efecto.

Duque. Anda á caza de algun desafio para corresponder dignamente al cargo que le han dado de escribano en las causas que ocurran sobre duelos?

Marq. No tal; al menos que yo sepa.

Duque. Y ha venido solo á Chantilly?

Marq. Con el duque de Aumont, capitan de guardias.

Duque. Oh! Con que tambien se halla aqui ese buen duque, que se peina de tres en tres dias y se afeita una vez por semana? me alegro; es sin disputa el caballero mas desaliñado de Francia.

Marq. (*A Marieta.*) Bueno está; ya no te necesito; ten cuidado por si llamo. (*Vase Marieta.*)

ESCENA III.

EL DUQUE. LA MARQUESA.

Duque. (*Sentándose al lado de la marquesa.*) Por fin nos vemos solos, querida marquesa.

Marq. Despues de ocho dias de ausencia, y eso que me dijísteis que no tardariais mas que cinco.

Duque. Ocho dias...! Os parece que es perder mucho tiempo en hacer la corte al nuévo rey, despues de haber sufrido un destierro de dos años en Viena?

Marq. Y que tendriais que visitar á vuestros antiguos conocimientos, las señoras de Villars, de Durás, de Villeroy, de Sabran, de Mouchy de Charolais... de...

Duque. Eso tiene trazas de queja.

Marq. Qué diriais si en efecto lo fuese?

Duque. Que me habiais salido al encuentro, porque yo tambien tenia que daros una.

Marq. Hacedme el gusto de decirla.

Duque. En los ocho dias que he estado fuera no he recibido un solo renglon de parte vuestra; nada: ni la menor prueba de amor. Me he quedado con el gusto de conocer vuestra letra.

Marq. Sabeis, duque, que para ser diplomático teneis

poca perspicacia? Sería prudente que una muger obsequiada por el primer ministro escribiese á su amante, sobre todo llamándose este duque de Richelieu? O creeis que ignoro el partido que sabeis sacar de tales documentos?

Duque. Ah! hablais de la carta de la duquesa de Berry. Vais á afearme por ventura la mejor hazaña de mi carrera amorosa? Un rasgo digno de Bayardo! Sabed que la he devuelto su carta para no desesperar á Riom. Pero á qué viene hablarme de eso? os hablo yo acaso de Aumont, que se ha aprovechado pérfidamente de mi ausencia para venir á Chantilly?

Marq. Eh! no me le nombreis siquiera: yo no sé si es de amor, pero os juro que está medio loco.

Duque. Marquesa, hacedle mas justicia; lo está por entero. Con que segun eso me amais siempre?

Marq. Y vos?

Duque. Yo, con delirio. En prueba de ello, dignaos aceptar, discreta y hermosa marquesa, este libro de memorias, aunque no penseis escribir en él. Es lo mas elegante y digno de vos que he encontrado.

Marq. Creeriais sin duda que ibais á sorprenderme y á obtener esa ventaja sobre mí, pero os engañais, galan caballero, y en prueba de ello permitid que os ofrezca este bolsillo bordado por mí, que os servirá de mucho si es cierto, como dicen, que os habeis hecho económico.

Duque. Me habeis vencido, querida marquesa.

Marq. (*Mirando el librito de memorias.*) Mis armas! No hay duda; era en efecto para mí.

Duque. (*Mirando el bolsillo.*) Mi cifra! No puede haber engaño. (*La marquesa quiere abrir el libro.*) Ah! no le abrais. Cuando yo no esté aqui. (*Se levanta.*)

Marq. Tan pronto os vais?

Duque. Tengo que presentarme indispensablemente al duque de Borbon.

Marq. Ya sabreis que se va mañana?

Duque. Sí, eso me han dicho: creo que le ha convi-

dado el rey para la partida de caza de Rambouillet.

Marq. Asi es en efecto, lo cual prueba que el obispo de Frejus sigue en desgracia, y que somos aqui el verdadero rey de Francia.

Duque. Beso los pies de V. M.

Marq. Hasta despues.

Duque. Podeis dudarlo? (*Aparte.*) Pues señor, la buena de la marquesa me quiere siempre. (*Vase.*)

Marq. Pobre duque! está mas enamorado que nunca! No ha querido dejarme abrir su libro de memorias... Traerá alguna letrilla amorosa, algun madrigal. (*Le abre.*) Qué veo? La mitad del zequí!

Duque. (*Aparece de nuevo en el dintel de la puerta con el bolsillo en una mano y enseñando con la otra la mitad de la moneda de oro.*) Marquesa!

Marq. (*Con el librito de memorias en una mano y enseñándole la media moneda con la otra.*) Duque!

Duque. (*Sueltan los dos una carcajada.*) Por mi fé que nuestros corazones se hicieron el uno para el otro, ó no entiendo palabra en la materia.

Marq. Verdad es, querido duque, que la simpatía ha sido milagrosa!

Duque. (*Acercándose.*) Con que ya no me amais?

Marq. Sí tal, os amo siempre: y vos?

Duque. Oh! y yo tambien.

Marq. Como á un amigo.

Duque. Como á una amiga.

Marq. Entonces amais á otra persona como querida?

Duque. Mis miedos tengo; y vos á algun nuevo amante?

Marq. Oh! yo con idolatría.

Duque. (*Volviéndose á sentar.*) Bah! De veras! Contadme eso.

Marq. Franqueza con franqueza se paga.

Duque. Es muy justo... tanto mas cuanto que pienso que me ayudeis.

Marq. Ah! con que me destinais otro papel como el de madama de Villars? bien está; le acepto: vamos, qué es ello?

Duque. Vos, primero.

Marq. Es un jóven noble, de Bretaña, que ha logrado pasar del regimiento de Champagne á los guardias del rey.

Duque. Por influjo del duque de Borbon?

Marq. No tal, por el de Montrain de Fournaise.

Duque. Ah! y es verdad! Me habia olvidado de ese pobre capitan: mas niño que una criatura en pañales.

Marq. Y eso que ha ya tiempo pasó de la edad del juicio?

Duque. Y cómo se llama el rival?

Marq. Se titula el Caballero de Laferté.

Duque. Buena casa, á fé mia, escelente nombre! Y es sabedor de su dicha?

Marq. Ni la sospecha siquiera; le han venido las charreteras como llovidas del cielo.

Duque. Oiga! Pues ese truan va á creerse hijo de alguna maga. Y dónde está, si no es demasiada indiscrecion?

Marq. Aqui.

Duque. Ah! aqui.

Marq. Le ha tocado de servicio en Chantilly.

Duque. Diantre! Y entonces cómo no me habeis enviado antes este bolsillo?

Marq. Como que no vino hasta ayer.

Duque. Entonces soy yo el atrasado; no habeis perdido tiempo.

Marq. Ahora os toca á vos... no direis que no he sido franca.

Duque. Voy á imitar vuestro ejemplo. Figuraos una jovencita hechicera.

Marq. Ah! guardad alguna consideracion á mi amor propio: yo no os he dicho que él es buen mozo.

Duque. Es verdad... Una niña de provincia.

Marq. Qué habeis visto...

Duque. Primero en casa de Frejus.

Marq. Ah!

Duque. Y despues en la audiencia del rey.

Marq. Otra Luisa La Vallière?

Duque. Nada de eso: os equivocais de medio á medio.

Es una jovencita noble, que viene de Bretaña á solicitar el perdon de su padre y de sus hermanos, que estan presos en la Bastilla. El obispo de Frejus la ha enviado al rey, el rey al duque, de modo que la pobre muchacha ha llegado esta mañana una hora antes que yo.

Marq. Y está aqui?

Duque. Como el Caballerito de Láferté... Ya veis que es una coincidencia admirable.

Marq. De veras, duque?

Duque. Bajo palabra de honor.

Marq. Pues señor, y en qué va á parar este enredo?

Duque. Yo no sé; mas promete ser un lance chistoso á poco que se vaya complicando.

Marq. Ahora quiero deciros que habeis olvidado una cosa.

Duque. Cuál?

Marq. El nombre de esa alhaja de Bretaña.

Duque. Gabriela de Belle-Isle.

Marq. La nieta de Fouquet?

Duque. La misma.

Marq. Pero ya sabeis, duque, que los de Belle-Isle son mis enemigos.

Duque. Bobada! Quién os ha dicho eso? Un tal Paris Duverney, que de tabernero ha llegado á ser soldado de guardias, y de soldado de guardias, propietario. Es posible que deis crédito á la acusacion de un hombre de esa especie?

Marq. Sin embargo, el padre está comprometido en el lance de Leblanc, y los hijos han sido acusados de asesinato.

Duque. Eh! Esas cosas se dicen para meter á una persona en la Bastilla; se les da algun crédito hasta verla encerrada; entonces se la deja morir alli, y ya nadie cree ni se acuerda de las cosas que se dijeron. Mirad, marquesa, yo no sé si consistirá en que he estado tres veces en la Bastilla, pero tengo mucha lástima de los pobres que la visitan por primera vez, y mas aun de los que tienen la desgracia de hacerla dos visitas.

Un lacayo. La señorita Gabriela de Belle-Isle.

Marq. Qué es eso? Quién os ha mandado anunciar sin preguntar de antemano si puedo recibir?

Lacayo. Como la señora marquesa dijo esta mañana que...

Marq. Que recibiria á la hora del tocador, verdad es; pero no á todo el mundo.

Duque. Os lo pido yo, marquesa.

Marq. Si sois vos el mediador, nada tengo que decir. (*Al lacayo.*) Dejad entrar.

Duque. Sois buena como un angel.

Marq. Segun parece empieza aqui mi papel.

ESCENA IV.

DICHOS. GABRIELA.

Gab. Señora...

Marq. Pasad adelante.

Gab. No encuentro palabras con que espresaros mi gratitud por haberme recibido en cuanto he deseado hablaros.

Marq. No me lo agradezcais á mí, sino al duque de Richelieu.

Gab. Al señor duque...!

Marq. Me ha dicho que el asunto que traíais era muy urgente, y que no admitia dilacion.

Gab. Mucho tengo que agradecer entonces al señor duque. La primera vez que tuve la fortuna de encontrarle me facilitó la entrada en Versalles, y segun veo, no ha querido abandonarme tampoco en Chantilly. Pero tambien tengo que agradeceros alguna cosa á vos, señora, cuya amabilidad y dulzura son para mí un feliz presagio.

Marq. Pues bien; aqui me teneis, decidme en qué puedo seros útil.

Gab. Mi nombre os habrá revelado quién soy; mi presencia aqui basta para deciros que lo que solicito es una gracia. Mi padre y mis dos hermanos estan hace tres años en la Bastilla: mi padre, noble y caba-

llero, por haber sido acusado de fraudulencia y exacciones; mis hermanos, militares y valientes ambos, por haber sido acusados de asesinato y alevosía. Ya veis que eso es imposible, señora, y sin embargo mi pobre madre y yo hemos estado aguardando tres años que se les hiciese justicia; por último, mi madre ha muerto, y yo me he encontrado sola entre un sepulcro y una carcel. Al verme asi, resolví ponerme en camino bajo la salvaguardia de mi desgracia.

Marq. Y qué queriais?

Gab. Ver al señor obispo de Frejus y echarme á los pies del rey.

Marq. Y lo habeis conseguido?

Gab. Ah señora! He sido rechazada por todos; por Mr. de Frejus, el cual me ha contestado que él no entendia en negocios políticos; por el rey, que distraido por los placeres de su edad, ignora hasta la existencia de los que son perseguidos en su nombre. Me han enviado por último al señor duque de Borbon, y yo he venido á molestaros no sé por qué; por instinto tal vez, porque sois muger, y yo, ignorante de los usos de la corte, temia á cada instante cometer alguna falta de etiqueta, y he creido en mi salvacion en cuanto he sabido que podia dirigirme á una muger.

Duque. Y habeis hecho bien en creerlo, señorita: la marquesa hará todo lo que pueda: me atrevo á prometéroslo en su nombre.

El lacayo. El señor duque de Aumont y el señor baron de Lanta.

Duque. El diablo cargue con ellos, pues á tan mal tiempo vienen.

Marq. Siento que vengan á interrumpir nuestra conversacion: luego continuaremos.

Gab. Ah señora! Y quién me asegura que volveré á encontrar ocasion tan propicia como esta? Tenia que deciros tantas cosas que os llegarian al corazon y os convencerian! Quién sabe si me será facil en adelante llegar hasta vos, y si los perseguidores

de mi familia me habrán enemistado mañana con la persona á quien miro desde este momento como á mi angel tutelar.

Marq. Y qué hemos de hacer? Yo bien quisiera oiros, pero...

Duque. Pues entonces yo os daré un medio de arreglarlo todo, marquesa; entrad en vuestro cuarto con esta señorita; yo me encargo de recibir en nombre vuestro.

Marq. He jurado no negaros hoy nada, duque: haced mis veces. Cuando gusteis. (*A Gabriela.*)

Gab. Ah! Señora, el cielo sin duda me inspiró el venir á esta casa; él os recompensará por todo el bien que me haceis.

ESCENA V.

EL DUQUE DE RICHELIEU. *Poco despues* EL DE AUMONT, *y* EL BARON DE LANTA.

Duque. Pues señor, esto va perfectamente! Haré que padre é hijos salgan de la Bastilla; y como toda buena accion merece recompensa, seré recompensado, ó no hay justicia humana en la tierra... Decid á esos señores que entren. (*Salen.*) Buenos dias, duque.

Aum. Felices, duque.

Duque. (*A Lanta.*) Hola! Vos aqui, baron! No nos hemos vuelto á ver desde el dia en que me quise dar de estocadas con el conde Manuel de Baviera, y por lo cual hicisteis la gracia de prenderme. Venga esa mano, y rencores á un lado.

Lanta. Sí, sí, eso se dice pronto. Ya se ve, nada tiene de estraño que vos me perdoneis el que os haya librado de recibir una estocada, pero falta saber si nosotros os perdonaremos el que esteis hace una hora en conversacion con la marquesa, mientras que nosotros aguardábamos en la antesala.

Aum. Segun veo te ha otorgado plenos podères y recibes por ella?

Duque. Sí, y quiero aprovechar la ocasion para darte un consejo á nombre suyo.

Aum. A mí?

Duque. A tí.

Aum. Dámele.

Aum. (*Poniéndole la mano en el hombro.*) Escucha, de Aumont: Dios te ha hecho todo un noble, leal y valiente como el primero; el rey te ha hecho duque y par; la duquesa de Orleans te ha hecho comendador de la orden del cordon azul; tu muger te ha hecho... capitan de guardias; yo te he hecho caballero de San Luis, por señas que aquel dia tuve que darte un beso: haz tú tambien algo por tí: hazte la barba.

Aum. Qué quieres, hombre? Son recuerdos de la regencia: entonces parecíamos bien asi; nosotros no hemos cambiado, con que en ese caso habrán sido las mugeres. Lleve el diablo las modas! No todos tenemos como tú la facultad de prestarnos á cualquier cosa y de pasar por todo. Solo á Fronsac le fue dado llegar á ser Richelieu. Pero ya veremos cómo sales del paso, una vez que, segun dicen los filósofos, cada dia se van mejorando mas las costumbres.

Duque. Oid, Lanta. Es verdad que nos vamos volviendo tan mogigatos como dice de Aumont?

Lanta. Oh! no me hableis de eso, duque: desde niño sabriais que en otro tiempo las mugeres tenian un confesor y dos amantes; pues en el dia es todo lo contrario, cada una tiene un amante y dos confesores; consecuencia natural de las cosas; hemos caido de cardenal en obispo, de Dubois en Fleury.

Duque. Amigo Lanta, vos siempre habeis sido misantropo.

Aum. No por cierto, es la verdad pura; lo sabe por buen conducto; se lo ha dicho su muger.

Lanta. Pues te has engañado, Aumont, ha sido la tuya.

Aum. Entonces es mas verdad que antes. Ya ves, duque, que yo tambien tengo que darte un consejo

en cambio del tuyo, y es que te vuelvas á Viena.

El lacayo. El Caballero de Laferté.

Duque. Ah! mi rival! Pues señor, cada vez me afirmo mas en que la marquesa es muger de gusto. Y por qué he de volverme á Viena?

Lanta. Porque aqui ya no hay nada que hacer.

Duque. Eso lo direis por vosotros, señores.

Lanta. Lo decimos por todos.

Duque. Allá lo veremos.

Aum. Duque, te juro que habia creido que no podias llegar á ser mas fátuo de lo que eras, pero segun veo te ha rematado la querida del príncipe Eugenio. Mira, vuélvete á Viena, amigo mio.

Duque. Vaya una apuesta.

Lanta. Cuál?

Duque. Necesito mil luises. Aumont es tan avaro que no me los prestará; vos sois tan pródigo que no podriais prestármelos. Quiero ganaros quinientos á cada uno.

Aum. Sea en buen hora.

Lanta. Cuando gusteis.

Duque. Decís que las mugeres se han vuelto ferozmente virtuosas durante mi ausencia?

Aum. Tal es nuestra opinion.

Duque. Pues bien. Yo os apuesto... yo, el duque de Richelieu; lo oís? Apuesto conseguir una cita dentro de veinte y cuatro horas de la primera muger, soltera, casada ó viuda, que veamos, bien sea aqui, bien sea al salir de palacio.

Lanta. Poco á poco, atemos cabos; una cita amorosa.

Duque. Se entiende. Si fuera de otra especie la enviaria á mi mayordomo.

Aum. Con que una cita amorosa?

Duque. Una cita amorosa.

Lanta. Y dónde ha de ser?

Duque. En su mismo cuarto, si quereis.

Aum. A qué hora?

Duque. A... las doce de la noche, si os parece.

Lant. Y cómo nos probareis que habeis ganado?

Duque. Toma! Os tiraré un papel con cuatro renglo-

nes desde su misma ventana: yo por eso no me apuro.

Aum. Venga la mano.

Lanta. Voy á medias.

Duque. Cuidado con lo dicho: la primer muger, soltera, casada ó viuda, que veamos, sea en palacio, sea al salir de palacio; pero con una condicion.

Aum. Cuál?

Duque. Que ha de ser bonita.

Lanta. Eso se da por supuesto.

Segundo lacayo. La señora marquesa.

Duque. Ah! La marquesa no entra en cuenta, señores; sería robaros el dinero.

ESCENA VI.

DICHOS. LA MARQUESA *seguida de un lacayo que lleva un libro de devocion.*

Marq. Habreis de dispensarme, señores. Me ha sido imposible recibiros, y ahora me espera la misa; mañana hay reunion en palacio, ya lo oís.

Aum. (*Saludando.*) Marquesa.

Marq. (*Al duque.*) Necesito hablar con vos; estad de vuelta dentro de una hora.

Duque. Gracias.

Lanta. Y no nos recibirá mañana la marquesa para indemnizarnos del estremado rigor con que hoy nos ha tratado?

Marq. Es imposible; mañana acompañaré al duque á París, y no volveré hasta la hora del baile. A Dios, duque; hasta mañana, señores. (*Vase seguida del lacayo por la puerta opuesta.*)

Lanta. Qué os parece, duque? era verdad lo que decíamos? La marquesa en misa; si esto continúa la hemos de ver aun monja carmelita.

Aum. Eh! señores, señores! Vosotros no veis. (*Gabriela atraviesa la galería.*)

Duque. Gabriela de Belle-Isle!

Lanta. Hola, hola! Parece que esa te pone en aprieto.

Aum. Ahora no dirás que nos robas el dinero.

Duque. No; mas espero ganarle.

Lanta. Pues ea, van los mil luises.

Laf. (*Acercándose.*) Un instante, señores: yo quiero sostener la apuesta.

Duque. Vos?

Laf. Sí, yo.

Aum. Y por qué?

Laf. Porque tengo derecho á ello: dentro de tres dias me caso con la que el duque de Richelieu quiere deshonrar dentro de veinte y cuatro horas.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA *y el* DUQUE, *que vienen de fuera.*

Marq. Y ha quedado hecha la apuesta?
Duque. Aqui mismo.
Marq. Qué locura!
Duque. He pretendido yo alguna vez tener juicio?
Marq. Creo que vais á perder.
Duque. Me he tomado tiempo hasta mañana á las once, y aun no son las cinco de la tarde.
Marq. Y quién es el que ha apostado en contra?
Duque. Cuando gane os lo diré; básteos saber que defiendo vuestros intereses, y que seré fiel á mi palabra: ahora reclamo la vuestra.
Marq. Mi palabra?
Duque. Sí por cierto: no habeis prometido favorecerme en todo lo que emprenda?
Marq. Sí.
Duque. Pues bueno, cuento con vos.
Marq. Haceis bien.
Duque. Decís eso de un modo...
Marq. Cómo quereis? No estoy comprometida bajo palabra?
Duque. A Dios, marquesa.
Marq. Os marchais?
Duque. Voy á reconocer la plaza.
Marq. Dónde vive?
Duque. En la fonda del Sol.
Marq. Ah! sí, ahora me acuerdo; me lo dijo esta mañana.

Duque. El fondista es un escelente sugeto, que nos está robando de padres en hijos hace tres generaciones, y no me negará nada.

Marq. Pues marchad y volved presto; ya sabeis que el duque de Borbon tiene que entregaros unos pliegos.

Duque. Sí, y ademas es preciso que esteis al corriente en este asunto.

Marq. Hasta despues. (*Vase el duque.*) Marieta!

ESCENA II.

LA MARQUESA. MARIETA, *que sale de un gabinete que hay á la izquierda del espectador.*

Marq. Ahí estabas?

Marieta. Pero no he escuchado nada.

Marq. Eso quiere decir que lo has oido todo.

Marieta. Oh! os juro que ha sido á pesar mió.

Marq. Qué dices del duque?

Marieta. Digo que para lo enamorado que estaba se ha consolado bien pronto de haber recibido la mitad del zequí.

Marq. Como que asi lo teniamos concertado.

Marieta. Y mi señora no le quiere mal porque ha cumplido tan fielmente lo pactado?

Marq. Oh! sí por cierto.

Marieta. Asi me gusta! Porque sino dejariais de ser muger.

Marq. Habrá fátuo! Venir á contármelo todo sin mas que la promesa de que no se lo revelaria á Gabriela.

Marieta. Como que parece que os desafia, señora.

Marq. Y está muy creido en que le voy á ayudar á conseguir lo que quiere.

Marieta. Espero que no será asi.

Marq. Oh! ya se ve que no; ademas que es una obra de caridad proteger á una pobre muchacha inexperta y sin apoyo en el mundo contra las asechanzas de un hombre tan corrompido como el duque de Richelieu.

Marieta. Seguramente que es una buena obra; y una buena obra resarce dos malas, segun dice el obispo de Frejus.

Marq. Qué quieres dar á entender con eso?

Marieta. Que el dia del juicio espero que mi señora tenga la bondad de darme las que la sobren.

Marq. Mucha agudeza tienes para doncella de labor.

Marieta. No es culpa mia, señora; la agudeza es contagiosa. Yo sabia eso al entrar á serviros, y por lo mismo no reparé en los gajes... Ah! si yo estuviera en lugar de la señora marquesa...

Marq. Qué?

Marieta. No solo haria una obra de caridad, sino que buscaria modo de burlarme del duque de Richelieu, y la accion sería entonces mas meritoria.

Marq. Eh! pues no ves que estoy pensando en eso?

Marieta. Y le habeis hallado ya?

Marq. Cerca le ando.

Un lacayo. La señorita de Belle-Isle.

Marq. Llega á tiempo. (*Al lacayo.*) Que entre.

ESCENA III.

LA MARQUESA. MARIETA. GABRIELA.

Gab. Disimulad, señora... no he podido resistir mi impaciencia, y confio en que me perdonareis esta nueva molestia. Habeis visto al señor duque de Borbon?

Marq. Sí, hija mia; pero no he salido airosa de la entrevista.

Gab. Dios mio! qué decís?

Marq. El duque está muy prevenido en contra...

Gab. Ah! Señora, siento no haber recibido del cielo la facultad de comunicar á otra alma la conviccion que existe en la mia... Si supiéseis...

Marq. No os molesteis... Yo ya estoy convencida; á quien debeis convencer no es á mí, sino al duque de Borbon. Oid, yo conozco un hombre que tiene grande influjo con él, y que si quisiese encargarse

de defender vuestra causa lo haria con tal calor que saldria con su empeño.

Gab. Oh! quién es ese hombre? decídmelo, señora, é iré á buscarle en cualquier parte que se encuentre.

Marq. No teneis necesidad de salir de Chantilly para eso.

Gab. Luego está aqui?

Marq. Aqui mismo... Pero, calla... lo habia olvidado... Vos le conoceis.

Gab. Quién es?

Marq. El duque de Richelieu.

Gab. Entonces lo doy por hecho. Se ha mostrado tan bondadoso conmigo en Versalles, y aun aqui mismo... esta mañana... yá os acordareis, señora.

Marq. Pues bien; es necesario que le escribais pidiéndole una entrevista.

Gab. Oh! Mirad si todo se presenta bien; he tenido ese mismo pensamiento antes que vos: ya lo habia hecho.

Marq. Y le habeis enviado la carta?

Gab. No, queria enseñárosla antes... y preguntaros si estaria mal visto que yo pidiese una entrevista al señor duque.

Marq. Nada de eso; es demasiado sagrado el motivo para que nadie se atreva á interpretar torcidamente vuestra peticion.

Gab. Eso mismo es lo que yo he pensado.

Marq. Ademas que podeis pedirle esa entrevista aqui... en mi casa.

Gab. Oh! Si teneis esa bondad...

Marq. Por supuesto...

Gab. Y dónde le encontrarian ahora?

Marq. Yo enviaré á buscarle.

Gab. Cuán buena sois!

Marq. Quiero merecer ese título...

Gab. Qué decís?

Marq. Vos estais sola aqui, no es verdad? Al menos asi me lo habeis dicho esta mañana.

Gab. Sola enteramente.

Marq. En una fonda?

Gab. Sí señora.

Marq. Espuesta á los riesgos que trae consigo el vivir en tales casas. Amiga mia, no podeis continuar asi.

Gab. Pero es el caso que no conozco á nadie en Chantilly, señora.

Marq. Sois muy olvidadiza...! Y yo?

Gab. Vos?

Marq. Sí, yo! Cuando tomo interes en un asunto no paro hasta llevarle á cabo. Me he empeñado en que habeis de salir bien con vuestra solicitud, y no he de quedar desairada; sitiaremos al duque de Borbon hasta que se rinda... y para empezar con buen pie voy á introducir el enemigo en la plaza... quiero que os vengais á vivir conmigo.

Gab. Qué he hecho yo, señora, para merecer tantos beneficios, yo, que temia venir á pediros proteccion... Pero no debo admitir vuestra oferta.

Marq. Y me direis por qué...? Mirad la molestia que me causais...! Os cedo esos dos cuartos y este gabinete de labor, y yo me paso á la habitacion que está al lado: estaremos puerta con puerta como dos buenas amigas.

Gab. Oh! Señora, no sé como espresaros la gratitud que rebosa en mi corazon... Ahora mas que nunca confio en que obtendré lo que deseo, puesto que vos os interesais tanto por mí.

Marq. Yo tambien confio en ello... y malo ha de ser si cuando estemos una al lado de otra no tenemos habilidad para reparar las desgracias pasadas y precavernos contra las venideras...! Pero lo que mas importa en este asunto es no perder tiempo. Id á esa fonda y mandad que os traigan aqui todo lo que os pertenece. (*Llama y sale Marieta.*) Pregunta si está pronto el coche. (*A Gabriela.*) Voy á enviar vuestra carta al duque.

Marieta. Sí señora.

Marq. Llevad á esta señorita, y haced lo que os diga. (*A un lacayo.*)

Gab. No sé como demostraros mi agradecimiento. (*Quiere besar la mano á la marquesa.*)

Marq. Qué haceis? (*La besa en la frente.*) Mirad que os espero. Agur. (*Vase Gabriela seguida del lacayo.*)

ESCENA IV.

LA MARQUESA. MARIETA.

Marq. (*Despues de leer la carta.*) No hay cosa mas imprudente que el agradecimiento; con solo variar un par de palabras de esta esquela, va á figurarse el duque, gracias á la buena opinion que tiene de sí propio, que Gabriela le mira con buenos ojos. Esta carta viene como de molde, señor duque; vos no conoceis mi letra, y—bajo el sobre de Gabriela de Belle-Isle voy á divertirme en entablar con vos una larga correspondencia. Marieta.

Marieta. Señora.

Marq. Quédate aqui, y di al duque, si viene, que tenga un poco de paciencia; salgo dentro de cinco minutos. (*Entra en el gabinete.*)

Marieta. Muy bien, señora marquesa... le aguardaré cuanto gusteis... Asi como asi siempre gano algo en esperarle.

ESCENA V.

MARIETA. EL DUQUE.

Duque. (*Desde la puerta.*) No hay nadie? Y la marquesa?

Marieta. Me ha encargado os suplíque que disimuleis: al punto sale.

Duque. Ah! eres tú, Marieta?

Marieta. Sí, señor duque.

Duque. Ahora que me acuerdo, muchacha; creo que nunca te he dado nada, como hay Dios.

Marieta. El señor duque tiene mala memoria: la primera vez que entró por la puertecita secreta me dió veinticinco luises.

Duque. Y á eso se reduce todo.

Marieta. Ademas me regaló este solitario la última vez que salió por la misma puerta.

Duque. Gran cosa! Un brillante que vale cien doblones á todo tirar! Vamos, me he conducido contigo como un pobre segundon... Toma, muchacha, toma... (*La da el bolsillo, echándola el brazo al rededor del cuello.*)

Marieta. Ah! Muchas gracias, señor duque.

ESCENA VI.

DICHOS. LA MARQUESA.

Marq. Qué es eso, duque! Qué haceis á esa pobre muchacha?

Duque. Me despido de ella, marquesa, y por lo tanto la doy para alfileres.

Marq. Déjanos solos. (*Vase Marieta.*) Parece que os salen las cosas mejor de lo que podiais desear, señor duque.

Duque. Y por qué suponeis eso?

Marq. Porque nadie es generoso cuando está de mal humor.

Duque. Si he de decir verdad, no estoy descontento.

Marq. Pues para que veais; yo voy á acrecentar vuestras esperanzas.

Duque. Y cómo?

Marq. Gabriela acaba de marcharse de aqui.

Duque. De veras?

Marq. Os buscaba.

Duque. Bah!

Marq. Y os ha dejado...

Duque. El qué?

Marq. Esto.

Duque. Una carta?

Marq. Una carta.

Duque. Para mí?

Marq. Para vos.

Duque. Qué me quiere?

Marq. Desea que la deis una cita.

Duque. Es posible! Pues señor, viene á las mil maravillas; yo iba á pedirle lo mismo.

Marq. Ya veis que la fortuna os persigue.

Duque. Y á quién debo tamaño servicio?

Marq. A vuestro mérito en primer lugar, y luego á que la han dicho que teniais grande influjo con el duque de Borbon, y ha venido á suplicaros le hagais valer en obsequio suyo.

Duque. Cómo que! Estoy enteramente á sus órdenes; casualmente ya habia hecho algo.

Marq. Y qué tal se presenta el duque?

Duque. Bastante mal dispuesto.

Marq. Oh! ya sabeis que con perseverancia se consigue de él todo lo que se quiere: el duque de Orleans daba; el de Borbon deja que lo cojan.

Duque. Á propósito, ha preguntado por mí?

Marq. No, todavía no; pero puede que no tarde: aguardadle aqui.

Duque. Me dejais?

Marq. Tengo que dar algunas órdenes para que preparen otra habitacion: he cedido esta á una amiga.

Duque. No os detengais entonces, marquesa.

Marq. Hasta la vista, duque.

ESCENA VII.

EL DUQUE.

Veamos qué es lo que dice la carta. (*Leyendo.*) "Gabriela de Belle-Isle espera merecer de la bondad del señor duque el favor de que la escuche cuatro palabras." El favor me le harás tú á mí, hermosa doncella; estas muchachas de provincia tienen una candidez que encanta... "Y cree no haberse equivocado al contar con su proteccion, por la cual le ofrece un agradecimiento sin límites." Admito el cambio, bella pretendienta; contad con mi proteccion, que yo cuento con vuestro agradecimiento. Pues no está mal escrito el billete para ser de una principianta. Vamos á espacio. No sé por qué se me ha metido en la cabeza que la marquesa no camina de buena fé en los favores que me está haciendo.

No sea que vaya yo á dejarme engañar como un niño. Esta carta ha sido puesta en mis manos por la marquesa; averigüemos antes de todo si es efectivamente de Gabriela. Ah! hétela aqui justamente.

ESCENA VIII.

EL DUQUE. GABRIELA.

Gab. Señor duque!

Duque. Creo que tiene miedo, asi Dios me perdone.

Gab. Disimulad mi turbacion: á pesar mio me siento sobrecogida al veros.

Duque. Y de qué modo debo interpretar esa turbacion?

Gab. Muy sencillamente, señor duque. La motiva que no puedo veros sin decirme á mí misma que vos sois tal vez el hombre que debe dar fin á mis desgracias. No parece que un poder sobrenatural os ha traido de Viena para que me protejais, pues os encuentro en Versalles, y en seguida en Chantilly? Los desgraciados son supersticiosos, y si no tengo malas noticias vos tambien dais algun crédito á los presentimientos.

Duque. Sí que le doy, y sería en gran manera desagradecido á no dársele, desde hace tres dias sobre todo. Sí por cierto, creo como vos en los presentimientos, y me tendria por muy desgraciado si los mios me engañasen.

Gab. La señora marquesa habrá tenido la bondad de entregaros una carta?

Duque. Que es vuestra, segun me ha dicho. Mucho debo á esa señora, porque ella habrá sido sin duda la que os ha sugerido esa idea.

Gab. No señor, quiero ser franca: pensé hacerlo antes de hablar con ella, y de mí sola debeis quejaros por esa nueva molestia. Vos teneis gran valimiento en la corte, segun me han dicho, señor duque: ya sabeis lo que solicito, la libertad de mi padre y hermanos. En vos estriba la felicidad de toda una familia.

Duque. No pende de mí que obtengais desde luego e premio que merece vuestra generosa pretension pende de otra voluntad mas poderosa que la mia hermosa Gabriela; sin embargo haré cuanto pued para ser un digno mediador entre la belleza y e poder. Tened la bondad de estender la solicitud escribid en ella como hablais, con esa misma alma, y hoy mismo quedará en poder del duque d Borbon.

Un lacayo. Los pliegos que aguardaba el señor duqu de Richelieu estan corrientes.

Duque. Ya lo oís, me veo en la precision de separarme de vos. Con vuestro permiso. Ahi teneis tod lo necesario para escribir. Estoy de vuelta dentr de cinco minutos.

Gab. Cómo podré pagároslo?

Duque. Contándome en el número de vuestros amigos

Gab. Oh! señor duque.

Duque. Escribid. (*Al marcharse.*) Asi sabré si la carta es suya.

ESCENA IX.

GABRIELA. *Poco despues* LA MARQUESA.

Gab. Dios mio! Qué mala opinion tienen en las provincias de la corte! A qué me dirian que no encontraria en ella mas que intrigantes y malvados (*Deteniéndose para continuar escribiendo.*) No m he dirigido mas que á dos personas, y la una m trata como á su mejor amiga, y la otra es para m un hermano.

Marq. (*Saliendo y apoyándose en el respaldo del sillon.*) Qué haceis, querida?

Gab. Ah! sois vos! Miradlo, estoy escribiendo u memorial para el primer ministro.

Marq. Quién os ha dicho que le hagais?

Gab. El duque de Richelieu.

Marq. Y vais á entregar vos misma esa solicitud?

Gab. No; él se ha encargado de ponerla en manos de ministro.

Marq. Cuándo?

Gab. Hará un momento: ha quedado en volver por ella al instante.

Marq. (*Aparte.*) Sin duda sospecha algo. (*Alto.*) A ver qué tal lo haceis. Oh! hija, sino ha de ser asi; entonces sería muy largo. Para todas estas cosas hay una fórmula.

Gab. Si tuviéseis la bondad de indicármela...

Marq. No, mas vale otra cosa. Dejadme sentar; yo escribiré.

Gab. Es posible! pero no temeis que el señor duque de Borbon advierta que sois vos misma la que...?

Marq. Lejos de perjudicaros os servirá tal vez eso de mucho. Ea, dejadme el asiento, y estad con cuidado por si vuelve el duque de Richelieu. No necesita saber que os hago este corto servicio.

Gab. (*Abriendo la puerta lateral.*) No veo á nadie.

Marq. Bien. El nombre de vuestro padre?

Gab. Carlos-Augusto Fouquet de Belle-Isle.

Marq. Qué títulos tiene?

Gab. Duque de Gisors, marques de Belle-Isle, conde de Audelys y de Vernon.

Marq. La graduacion de vuestros hermanos?

Gab. El uno es capitan, y el otro teniente de ejército.

Marq. Estan en la carcel hace...

Gab. Mi padre tres años, mis hermanos hará quince meses.

Marq. Bien está. Ya vereis cómo les damos libertad á los pobres; dejad.

Gab. Oh! Dios os oiga, señora marquesa.

Marq. Ea, ya está: ahi teneis un memorial segun todas las reglas de costumbre.

Marieta. (*Desde la puerta de la alcoba.*) Cuando gusteis pasar á vuestro cuarto... ya está dispuesto.

Marq. Dentro de un instante: esta señorita espera á una persona: no te vayas muy lejos.

Marieta. Esperaré en este cuarto: si la señora marquesa me necesita no tiene mas que llamar.

Gab. Bien, déjanos.

ESCENA X.

DICHAS. EL DUQUE.

Duque. (*Desde el dintel de la puerta y mirando á las dos mugeres.*) Juntas!

Marq. El duque! (*Abre un libro.*)

Duque. Siento infinito haberos hecho esperar, señorita.

Gab. No teneis que disculparos, señor duque, porque acabo en este instante la peticion; si quereis encargaros de ella...

Duque. Ciertamente.

Gab. Tomad.

Duque. (*Desdoblándola.*) La misma letra... no hay duda; la carta era suya. (*Alto.*) Si me lo permitís pasaré hoy mismo á participaros el resultado de mis primeras tentativas.

Gab. Decídselo á la marquesa; ella es la que debe daros ese permiso.

Duque. Pues cómo?

Gab. Ha tenido la bondad de cederme parte de su habitacion en palacio, por todo el tiempo que me vea precisada á estar en Chantilly.

Duque. Ah! ah! Con que esta señorita es la amiga que esperábais, marquesa...?

Marq. La misma, duque: ya veis que no era regular ni aun prudente que una jóven sola y aislada como Gabriela viviese en una fonda.

Duque. Ya se ve que no; teneis razon, y habeis hecho muy bien; pero confio en que esta mudanza no variará en nada lo que tenemos concertado para bien suyo, y en que me permitireis que venga á darla cuenta del éxito de sus pretensiones.

Marq. Qué decís! Esta señorita está en su casa, y puede recibir á quien guste.

Duque. Entonces espero de vos esa gracia.

Gab. Venid cuando gusteis, señor duque; siempre sereis mirado como un amigo y recibido como un protector.

Duque. Tal vez será un poco tarde cuando logre hablar al primer ministro.

Gab. Estoy tan acostumbrada á pasar las noches entre lágrimas y disgustos, que bien podré pasar una mas en vela con la dulce esperanza de tener noticias favorables.

Duque. Entonces hasta la noche, hermosa Gabriela.

Gab. Con vuestro permiso, señor duque. (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA XI.

EL DUQUE. LA MARQUESA.

Duque. (*Dirigiéndose al sillon en que está sentada la marquesa, y recostándose en el respaldo.*) Hola! hola! Con que es este el modo que teneis de cumplir lo prometido, marquesa?

Marq. En qué he faltado?

Duque. En vez de auxiliar mis planes me abrís una contramina á las primeras de cambio?

Marq. Famosa combinacion que estribaba en la venalidad de un fondista! Quitad allá! eso era muy ratero é indigno de vos... Aqui, ya es diferente; ni habrá sorpresa ni traicion: será una victoria por derecho de conquista, porque aunque creo que la plaza se resistirá bien no dudo que sabreis tomarla.

Duque. Ni yo tampoco, si he de hablaros francamente, marquesa; y os agradezco sobremanera que me hayais proporcionado esta ocasion de echar mano de mis antiguos recursos; habia perdido la habilidad desde que estuve en Alemania.

Marq. Es decir que teneis esperanza de ganar aunque yo me pase al enemigo?

Duque. Sí, si me prometeis hacerme una guerra leal y franca.

Marq. Y qué he de hacer para que lo sea?

Duque. Guardar un gran secreto sobre todo lo que sabeis.

Marq. No os le he prometido ya?

Duque. Y ademas separaros de Gabriela á las diez en punto.

Marq. Me comprometo á hacerlo.

Duque. Es decir que puedo contar con que Gabriela estará sola de diez á doce?

Marq. Como que justamente saldré yo á esa hora para París; el duque quiere que no le acompañe, si no que me adelante á él.

Duque. Pues bueno: eso es todo lo que os pido.

Marq. Ahora me toca á mí.

Duque. Nada mas justo.

Marq. No habeis de valeros para vuestro proyecto de ninguno de los criados de la servidumbre de palacio.

Duque. De ninguno.

Marq. No habeis de recurrir á narcótico ni bebida de ninguna especie, como ya mas de una vez habeis hecho.

Duque. Renuncio á ese medio.

Marq. Por último, me habeis de entregar la llave de esa puertecita secreta.

Duque. Con mil amores os daria ese gusto, marquesa; mas por mi prisa de seguir á Gabriela me la he dejado olvidada en París.

Marq. Ah!

Duque. Como lo oís.

Marq. Palabra de honor?

Duque. A fé de Richelieu.

Marq. Mereciais una patente de fatuidad, querido duque.

Duque. Me adulais, marquesa.

Marq. Con vuestro permiso voy á decir dos palabras á Marieta.

Duque. Con vuestro permiso voy á llamar á Roberto.

Marq. (*Desde la puerta de la derecha.*) Marieta!

Duque. (*Desde la de la izquierda.*) Roberto!

Marq. Manda que dispongan la berlina de viaje... la que no tiene armas... que enganchen, y que aguarden en la puertecita del parque.

Marieta. Bien, señora. (*Vase.*)

Duque. (*A Roberto.*) Revienta mi mejor par de ca-

ballos, y haz de modo que á las diez tenga yo aqui una llavecita que me he dejado en París y que está sobre la chimenea de mi cuarto dentro de una copa de amatista.

Roberto. Se hará como desea el señor duque. (*Vase.*)

Marq. Con que persistís en vuestro plan?

Duque. Batallas mas desesperadas se han ganado.

Marq. Y contra mejores generales, no es esto?

Duque. No diré yo tanto; porque esta vez tengo que habérmelas con la juventud coaligada con... la esperiencia.

Marq. Pues hasta la noche, duque.

Duque. (*Besándola la mano.*) Hasta la noche, amable marquesa. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LA MARQUESA.

Sí, señor duque... lo que es esta yo os respondo que la perdereis... Ah! con que teniais tanta prisa por salir de París que habeis olvidado la llave, cuando en otros viajes era la primera cosa que teniais cuidado de recoger...! Fátuo...! Pues bueno, á falta de llave tendreis el gusto de pasar la noche en medio del arroyo, señor mio: felizmente estamos en junio, la noche es soberbia, y no habrá miedo padezca una salud que á todas nos es tan cara.

ESCENA XIII.

LA MARQUESA. GABRIELA.

Marq. Ah! venid acá, hermosa mia.

Gab. Teneis algo de nuevo que decirme?

Marq. Tal vez... Estando hablando hace poco con el duque, se me ha ocurrido que como estas cosas de palacio van siempre despacio, tendreis que armaros de paciencia mientras se dan todos los pasos.

Gab. Me armaré del valor necesario y aguardaré, señora.

Marq. Pobre muchacha! qué resignacion! Y hace mucho tiempo que no habeis visto á vuestro padre?

Gab. Hace tres años... desde que le prendieron.

Marq. Tres años...! Y no habeis solicitado un pase para entrar en la Bastilla?

Gab. Al contrario, le he solicitado y pedido mil veces... pero jamas han querido concederme esa gracia... Lo creeriais, señora...? Han negado á una hija el consuelo de abrazar á su padre! Sin duda no tenian hijos las personas á quienes me dirigí.

Marq. Y os alegrariais mucho de volver á ver á Mr. de Belle-Isle?

Gab. Eso me preguntais?

Marq. Pero mucho, mucho?

Gab. Ah...!

Marq. Y podria contar con vuestro sigilo la persona que os procurase esa dicha?

Gab. Qué decís, señora, y por qué despertais en mi alma esa esperanza...? Volver á ver á mi padre...! yo... yo...! Entrar de repente en su calabozo... en el momento en que tal vez me creería él mas lejos de sí, y poder arrojarme en sus brazos gritando: Padre mio, soy yo... padre mio, aqui me teneis... Oh! perdonad, señora... pero... Mirad, aqui de rodillas os pido que me digais qué he de hacer para conseguir esa gracia?

Marq. (*Levantándola.*) Escuchad.

Gab. Ah! sí, sí, ya os escucho.

Marq. Reparad bien que aqui arriesgamos la posicion y hasta la existencia de ciertas personas.

Gab. Sí señora: conozco la gravedad y peligro de todo esto; no temais nada.

Marq. El gobernador de la Bastilla es amigo mio, y puedo daros una carta para él.

Gab. Una carta para él! y con esa carta...

Marq. Conseguireis ver á vuestro padre. Dos horas y media necesitais todo lo mas para llegar á París: saldreis de aqui á las diez y llegareis á las doce dadas: os quedareis con el conde de Belle-Isle hasta las tres de la mañana, y estareis de vuelta antes

que nadie se haya levantado.

Gab. Cómo! le veré hoy mismo! esta noche! Veré esta noche á mi pobre padre despues de tres años! Oh! tenedme compasion, señora, porque creo que la alegría me va á volver loca!

Marq. Sin embargo, todo esto ha de ser con una condicion que ya os podeis figurar.

Gab. Cuál, cuál?

Marq. Reflexionad en lo que voy á hacer! Me comprometo á abriros una carcel de estado, cuyas puertas solo se abren á la voz del primer ministro ó ante la firma del rey!

Gab. Sí, estoy penetrada de lo que haceis por mí, y no sé cómo agradecéroslo.

Marq. Reflexionad ademas que no he hecho por nadie lo que hago por vos. El duque de Borbon lo ignora, y siendo como es tan celoso de su autoridad, no me perdonaria nunca el no haberme sometido á ella de antemano. Vuestro padre está incomunicado con el mayor rigor; su libertad, su vida dependen de la fidelidad con que cumplais vuestro juramento; el conde de Belle-Isle está perdido si cometeis la menor indiscrecion.

Gab. Gran Dios!

Marq. Sí; acordaos sino de Fouquet: lo mismo que le sucedió al padre pudiera sucederle al hijo. Jurad pues que mientras que el duque de Borbon sea ministro, no direis á nadie que habeis visto á vuestro padre. Todo el mundo ha de creer que habeis pasado la noche en palacio; pensad bien en ello antes de comprometeros á nada.

Gab. Señora, por todo lo que creo mas sagrado en el mundo, por la vida de mi padre os juro, que mientras el duque sea ministro, nadie sabrá que he entrado en la Bastilla ni que he pasado la noche fuera de palacio.

Marq. Bien está: es asunto concluido. No teneis tiempo que perder: tomad uno de mis coches, y estad aqui de vuelta á las seis de la mañana. Saldreis y entrareis por la puerta falsa del parque.

Gab. Oh! Señora, qué he hecho para tantas bondades?
Marq. Nada; os quiero bien y eso basta. Sigilo.
Gab. Oh! Descuidad.
Marq. Estad pronta dentro de cinco minutos.
Gab. Ahora mismo.
Marq. Necesito algun tiempo para prepararlo todo.
Gab. Como gusteis. (*Vase la marquesa.*)

ESCENA XIV.

GABRIELA. *Poco despues* LAFERTÉ.

Gab. Oh! Dios mio! qué dicha! Volver á ver á mi padre! La marquesa es un angel para mí.
Un lacayo. El caballero de Laferté.
Gab. Laferté! Por la primera vez voy á tener un secreto para él. Que entre! (*Apenas sale Laferté se dirige Gabriela á él, y le tiende la mano.*)
Laf. Qué teneis, Gabriela? Parece que estais muy contenta!
Gab. Tengo el corazon lleno de esperanzas, Raul, porque todo me sale bien desde que he llegado. Espero que conseguiremos la libertad de mi padre y de mis hermanos, y que en breve seremos dichosos. Dad como yo gracias á Dios por tanto bien como nos dispensa, y no le irriteis con vuestras dudas. Imitadme á mí, que rezo, creo y espero.
Laf. Y podreis esplicarme en qué consiste que cuando vos estais tan confiada y tan alegre yo continúo tan triste y tan incrédulo? Vos todo lo mirais con la esperanza por delante; yo lo miro todo con temor. Me siento débil como un niño sin saber por qué. Todas esas cosas que á vos os parecen de tan buen augurio me espantan á mí, porque vos las creeis originadas por un poder divino y bienhechor, y yo las creo motivadas por un poder humano y funesto. Tal vez será una locura, Gabriela, pero es una locura que hace mucho daño, y que merece ser tan deplorada como una desgracia efectiva.
Gab. Ah! Raul, ahora mas que nunca sois ingrato con la Providencia.

Laf. Pues qué es lo que ella ha hecho por vos? Decid, Gabriela. No sabeis lo que me alegraria tener motivo para estar tranquilo y pensar de otro modo. Vamos á ver, con quién contais para esperar que vuestras desgracias tengan un término?

Gab. En primer lugar con la marquesa de Prie, que se ha mostrado tan bondadosa y servicial conmigo, y que me trata no solo como amiga, sino casi como hermana... Ya veis, ni aun ha permitido que viviese por mas tiempo en la fonda: qué mas precauciones hubiera tomado una madre con su hija?

Laf. Pues, qué quereis? las sensaciones, como os he dicho, dependen sin duda del momento en que se reciben; hasta las bondades estremas de la marquesa me ponen en cuidado. La habeis hablado de nuestro casamiento, Gabriela?

Gab. No es un secreto?

Laf. Que debeis guardar, aqui sobre todo... He llegado á sospechar que si la marquesa tuviese conocimiento de él tal vez variaria su modo de proceder respecto á vos; pero decidme, no habeis visto hoy mas que á la marquesa?

Gab. Sí por cierto. He visto á otra persona, con la cual cuento aun mas que con ella, porque no tiene miedo de comprometerse.

Laf. Y puedo saber su nombre?

Gab. Sin duda, porque no es ningun secreto.

Laf. Es...?

Gab. El duque de Richelieu.

Laf. El duque de Richelieu?

Gab. Qué teneis?

Laf. El duque de Richelieu! Luego le habeis visto hoy?

Gab. Como que apenas ha salido en todo el dia de palacio.

Laf. Pues qué le ha detenido?

Gab. Le ha ocupado el primer ministro.

Laf. Y le volvereis á ver?

Gab. Ha quedado en venirme á dar cuenta del éxito de su primer tentativa en favor mio.

Laf. Gabriela!

Gab. Dios mio! me dais miedo.

Laf. Conoceis al hombre á quien os habeis dirigido?

Gab. Le conozco como todo el mundo; quién no conoce al duque de Richelieu?

Laf. Y conociéndole habeis podido creer que su proteccion es franca y desinteresada?

Gab. Tal vez me equivocaré, Raul, pero confieso que no voy buscando como vos lo malo aun en las mejores acciones. El duque de Richelieu se me ha ofrecido como amigo; si se me presentase bajo otro aspecto, creo tendreis en mí la suficiente confianza para suponer que por fuerte que sea el influjo del duque, renunciaré á él desde el instante en que su proteccion pudiera comprometer una honra que ya no es mia sola, sino vuestra.

Laf. Oh! es que como vos ignorais lo que pasa en el mundo, ignorais tambien lo que es ese hombre, Gabriela... El hálito de su amor impuro ha corrompido las almas mas cándidas; no hay reputacion de muger á la que él se haya atrevido á tocar que no haya padecido menoscabo.—Todos los medios son para él buenos con tal de conseguir su plan luego que ha tomado una resolucion, y algunos de los que ha puesto en juego, hubieran costado muy caros á cualquiera otro que no hubiese sido él. Gabriela, mirad lo que sufro, y apiadaos de mí.

Gab. Decidme, qué es lo que quereis que haga, Raul...? Estoy pronta á seguir vuestros consejos, hablad.

Laf. Prometedme que no recibireis al duque esta noche.

Gab. Os lo prometo.

Laf. Que no le vereis en ningun lado mas que aqui.

Gab. Tambien os lo prometo.

Laf. Confio en vuestra palabra, Gabriela.

Gab. Podeis hacerlo.

Laf. Es que no sabeis las desgracias que atraeriais sobre los dos si faltaseis á ella.

Gab. Cómo?

Laf. No puedo decíroslo; pero en fin, vos me habeis prometido y me volveis á prometer que no vereis á Richelieu esta noche, no es verdad?

Gab. Os lo he prometido y os lo prometo de nuevo; estais contento ahora?

Laf. Sí.

Gab. Pues bien, entonces retiraos ya y dejadme sola.

Laf. Tan pronto?

Gab. Es ya tarde.

Laf. Aun no serán las diez.

Gab. Tengo que escribir varias cartas... estoy muy cansada... y ademas no está bien que os detengais aqui por mas tiempo.

Laf. Pues bien pensábais recibir al duque de Richelieu si hubiese venido.

Gab. El duque es un estraño: yo no le amo, y á vos os amo, Raul.

Laf. Me amais, y me despedís cuando podiamos estar juntos una hora todavía?

Gab. Una hora! Ah! imposible... Raul, os lo suplico.

Laf. Me suplicais que me vaya! Dios mio! qué es esto? No sé como esplicarme lo que está pasando.

Gab. No pasa nada: qué quereis que pase? tan estraño es que yo desee descansar despues de una noche de viaje y un dia de cansancio? Teneis zelos por ventura, Raul? De quién? Nunca os he visto asi... Escuchad... las diez estan dando.

Laf. Ya me retiro, señorita.

Gab. Señorita! Ah! cuán cruel sois! Veis que estoy contenta, y como no estais muy acostumbrado á verme asi, mi alegría os da recelos y quereis que recaiga en mi habitual tristeza... Oh! pues eso es muy facil; no se necesita mas que una palabra vuestra para ello: basta una inflexion de vuestra voz que deje traslucir duda ó sentimiento... Eh...! mirad... ya me teneis triste como queriais, Raul; estais satisfecho?

Laf. Perdonadme, Gabriela; os amo tanto que no puedo creer en mi dicha; se me figura que todo se conjura contra nosotros, que todo tiende á desu-

nirnos... Perdonad... ya me retiro... hice mal.
Gab. Hasta la vista, Raul; pensad en mí.
Laf. A qué hora podré presentarme mañana?
Gab. A la que gusteis. No temais venir temprano.
Laf. A Dios, pues. Con que no recibireis al duque?
Gab. No os he dicho que vayais descuidado?
Laf. Hasta mañana. (*Vase.*)

ESCENA XV.

GABRIELA. *Poco despues* LA MARQUESA.

Gab. Se marchó... Cuánto me ha costado despedirle sin poderle decir la causa de mi alegría! (*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda del espectador.*) Señora marquesa, señora marquesa.
Marq. Aqui me teneis.
Gab. Son las diez.
Marq. Tomad la carta.
Gab. Y el coche?
Marq. Está esperando.
Gab. Por dónde salgo?
Marq. Seguid á Marieta.
Gab. Ah! Señora, qué haria yo para pagaros?
Marq. Guardar el mayor secreto.
Gab. Podeis dudarlo?
Marq. Si lo dudase no haria por vos lo que hago.
Gab. Hasta mañana, marquesa.
Marq. Hasta mañana. (*Vase Gabriela.*)

ESCENA XVI.

LA MARQUESA *sola, y poco despues* UN LACAYO.

Por fin logré sacarla de aqui! Las diez y cuarto...! era tiempo... Apuesto que está ya en campaña el duque... Preparémonos á la defensa. (*Llama, y sale el lacayo.*) Cerrad las maderas de es balcon. (*Aparte.*) Hay placer igual al de satisfacer una venganza y hacer una buena accion al propio tiem-

po con un mismo medio...! (*Al lacayo.*) No hay nadie en la calle?

Lacayo. Desde aqui parece que en la esquina de enfrente hay un hombre embozado.

Marq. (*Aparte.*) Con capa en el mes de junio! — Él debe ser. (*Al lacayo.*) Cerrad.

Lacayo. Tiene algo mas que mandarme la señora marquesa?

Marq. La señorita Gabriela es muy miedosa: quedaos en la antesala hasta que sea de dia, y no abrais á nadie.

Lacayo. Está bien, señora. (*Vase.*)

Marq. Bueno...! Atranquemos la puerta para mayor seguridad... Por la chimenea no hay peligro, porque en este tiempo está cerrada.

El lacayo dentro. El señor duque de Richelieu sube por la escalera principal.

Marq. No estamos visibles para él ni para nadie. (*Escuchando.*) Bien... le dice que se han recogido... asi me gusta... Se retira... No tardaremos en oir algo en ese balcon... He cumplido fielmente mi palabra, señor duque... no he dicho nada á Gabriela... me he separado de ella á las diez... y desde esa hora hasta las doce estará sola en el coche... Corred y alcanzadla si sois adivino... Pero qué es esto...? Me pareció haber oido ruido en la escalerilla secreta... con efecto; no me engañaba... es él; tenia la llave... (*Apaga las bugías.*)

Duque. Pues que me cierran una puerta sería muy tonto en no entrar por la otra.

Marq. (*Aparte.*) Si llamo, va á haber un escándalo... El duque de Borbon llegará á saberlo, y entonces soy perdida. No hay mas que un medio para que él no haga ruido, y es no hacerle yo.

Duque. El tal Roberto vale mas oro que pesa...! Veinte leguas en dos horas y media... un par de caballos reventados... por una llave...! Todo está á oscuras... tanto mejor. Afortunadamente traía la esquela escrita de antemano por lo que suceder pudiese... Al entrar he visto un bulto apoyado en la

esquina... Será mi hombre. (*Da el reloj una media.*) Las diez y media; él está en su puesto y yo en el mio... Cumplamos lo pactado... (*Va al balcon y le abre con tiento.*) Eh! señor mio... el de la capa...! mirad, aqui... de donde ha salido el ruido... eso es... ahí estais bien... Si conoceis por casualidad al caballero de Laferté tened la bondad de entregarle esta esquelita de parte del duque de Richelieu... Ahí va...! (*Arroja el papel por el balcon, y vuelve á cerrar las maderas.*) Bueno... La marquesa se hallará ya lejos, porque he visto pasar su coche. Gabriela está sola... Vamos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

LAFERTÉ. UN LACAYO.

Lacayo. Pero caballero, aun no son las siete de la mañana, y no hay nadie levantado todavía.

Laf. No importa, esperaré: necesito hablar con la señorita de Belle-Isle tan luego como se despierte. (*Vase el lacayo.*) Si estará aqui todavía? Le he aguardado hasta que apuntó la aurora y no le he visto salir. No ceso de preguntarme si es un sueño horrible lo que por mí pasa... No, no, todo es verdad... Esta es la misma estancia en donde la hablé ayer, aquel el balcon por donde me tiró la esquela... Oh! Dios mio! Dios mio! No puedo acabar de creerlo... Engañarme á mí Gabriela! y de un modo tan infame...! oh...! es imposible!

ESCENA II.

LAFERTÉ. GABRIELA.

Gab. Sois vos, Raul! he oido vuestra voz y he venido corriendo.

Laf. Tan temprano levantada!

Gab. No quedamos en que vendriais muy de mañana?

Laf. Sí, es verdad; pero como teniais tanta prisa por separaros de mí ayer noche, no es estraño que me admire de que os apresureis á recibirme esta mañana?

Gab. Aun os acordais de eso, Raul?

Laf. Sí; qué quereis? nadie es dueño de sus pensamientos: esta noche se me ocurrió esa idea, y aun no ha cesado de atormentarme.

Gab. De atormentaros! y por qué?

Laf. Estaba con cuidado por aquel cansancio tan grande que os obligó ayer á despedirme.

Gab. Me hablais esta mañana con un tono... parece que estais disgustado, inquieto... por qué? qué teneis? vamos...

Laf. Yo, nada. No temais que me queje de lo mismo: teneis trazas de estar muy contenta... Esperais alguna buena noticia...?

Gab. No, pero he tenido un sueño muy agradable: he soñado que un angel me llevaba en sus alas y me abria las puertas de la Bastilla; que volvia á ver á mi padre, el cual me estrechaba contra su corazon y me cubria de besos hablándome de vos, de nuestro casamiento tan retardado; y que llevaba con paciencia su prision pensando que muy en breve iba á tener en vos un amigo y un apoyo. Oh! ha sido un sueño delicioso, y cuyo recuerdo me llena el corazon de esperanza á pesar de estar despierta.

Laf. Pues yo tambien he tenido un sueño, Gabriela.

Gab. Vos, Raul?

Laf. Sí, yo... pero mucho menos agradable que el vuestro.

Gab. Y es ese sueño el que os ha puesto triste?

Laf. Sí, porque he soñado que á pesar de la promesa que me hicísteis ayer, habiais recibido al duque de Richelieu despues que me separé de vos.

Gab. Qué decís?

Laf. Nada; vos me habeis contado vuestro sueño, y yo os cuento el mio; no mas que eso.

Gab. Y despues?

Laf. Seguí soñando que me hallaba en esta calle frente por frente de ese balcon; que vi abrir los postigos y aparecer á un hombre que me arrojó un papel; pero lo mas estraordinario, y que me obliga á dudar aun mas que vos de la realidad de lo que he soñado, es que el tal papel... lo creereis, Gabriela...? que el tal papel ha llegado á mis manos en efecto, y que es este.

Gab. Que es ese!

Laf. Sí, leedle.

Gab. (*Leyendo.*) "Son las once de la noche, y estoy en el cuarto de Gabriela de Belle-Isle; mañana os diré á qué hora he salido de él.—El duque de Richelieu." Qué significa esto?

Laf. Esto significa, señora, que ayer al veros pasar por aqui mismo, hizo el duque una apuesta infame, y que la ha ganado.

Gab. No os entiendo.

Laf. No? pues voy á hacerme entender. El señor duque de Richelieu, á quien me prometísteis no recibir, vino anoche despues que yo me marché. El señor duque estuvo con vos en este aposento, y el mismo señor duque abrió ese balcon y me tiró á la calle esta esquela. Lo entendeis ahora?

Gab. Qué osais decir?

Laf. Lo que vos sin duda sabeis tan bien como yo! Pero lo que vos ignorábais es que yo estaba enterado de todo; que me hallaba debajo de estos balcones; que le he estado esperando toda la noche á ver si salia; porque vuestro honor me es aun tan caro, que no quiero permitir que haya dos hombres que sepan este secreto... Ah! hé aqui el motivo de vuestra turbacion ayer tarde! hé aqui el motivo de vuestra prisa para que yo me marchase! hé aqui por qué deseabais estar sola! Sola! Ah! no sabiais que yo rondaba al rededor de palacio, y que si hubiese encontrado una puerta, un postigo cualquiera por donde entrar, hubiera penetrado hasta aqui, y os hubiera dado muerte á los dos...? sí, á los dos... tanto á él como á vos... aunque os hubieseis arrojado á mis pies con las manos juntas pidiendo perdon!

Gab. Sin duda habeis perdido el juicio, Raul, pues me decís tales cosas. Que yo he recibido al duque de Richelieu decís? que el duque ha pasado la noche aqui? Sois vos el Caballero de Laferté? Sois vos el que me habla asi... á mí... á la que va á llamarse esposa vuestra? á mí, que dentro de tres dias

tendré vuestro apellido? No, no puedo acabar de creerlo.

Laf. Tampoco yo lo creía, y ha sido necesario desengañarme por mis propios ojos...! Pero qué mas? tal era la confianza que tenia en vos, Gabriela, que á pesar de lo que he visto creeria aun que me engañaba, dudaria todavía... sino fuese por esta carta... pero cómo me esplicais esta carta, Gabriela?

Gab. Qué quereis que os responda? Ni yo misma sé esplicármela! Tal vez se haya introducido aqui alguna persona sin noticia mia.

Laf. Y vos no la habeis oido! por dónde ha de haber entrado ese hombre? quién le ha abierto? las puertas estaban bien guardadas, y ni aun á mí me dejaban pasar vuestras gentes hace un momento. Oh! Gabriela! Gabriela! Lo que ha sucedido yo lo sé, y voy á decíroslo. El amor filial ha sofocado el cariño de amante: os habeis visto entre dos hombres, de los cuales el uno podia dar la libertad á vuestro padre, y el otro no podia mas que perecer á una sola palabra vuestra; el que podia mas, os ha vendido su proteccion á ese precio!

Gab. Caballero!

Laf. No digo que seais criminal, Gabriela; digo que no os habeis atrevido á negar al duque la cita que sin duda os pidió; digo que le habeis recibido aqui, no es verdad? y aprovechándose de un momento en que os separásteis de él, habrá tirado este papel por el balcon... eso es lo que digo, Gabriela... Vamos, confesádmelo y os perdono!

Gab. Gracias, Raul; veo que me amais tanto que deseais engañaros á vos mismo; pero rehuso el medio que me proponeis. Si hubiese recibido al duque despues de la promesa que os hice, no mereceria perdon; pero ni él me ha pedido cita, ni yo se la he dado, ni mucho menos le he visto; y tengo un medio muy sencillo de probároslo.

Laf. Cuál?

Gab. Esa carta es del duque, segun decís?

Laf. Él mismo me la echó por el balcon.

Gab. Voy á suplicar al duque que se pase por aqui. Le recibiré en esta sala, y vos os escondereis ahí. Oireis nuestra conversacion sin perder una sílaba; y si el duque me ha visto desde ayer noche á las ocho, os permito que creais lo que gusteis.

Laf. Oh! yo no me atrevia á pediros eso mismo, Gabriela; pero pues lo proponeis... acepto... Aqui hay alguna trama diabólica é infame que en vano pretendo adivinar.

Gab. Pues bien, en breve sabreis á qué ateneros. Tranquilizaos, Raul... lo que os pido únicamente es que no hagais el menor movimiento, ni digais una sola palabra que pueda dar á sospechar que estais escondido.

Laf. Os doy mi palabra de hacerlo asi.

Gab. Sois un loco!

Laf. Oh! no os costará mucho trabajo convencerme. No, no puedo acabar de creer que seais capaz de engañarme con esa voz que tan grata resuena en mi oido, con esas miradas que me matan de amor. Quiero empezar á creeros desde este momento.

Gab. Sin embargo, todavía me creereis mejor cuando haya enviado á buscar al duque, no es verdad?

Un lacayo. El señor duque de Richelieu.

Gab. El cielo nos le envia. Aguardad un instante. (*A Raul.*) Entrad en ese cuarto, Raul, y acordaos de vuestra promesa.

Laf. Dejad que os bese la mano en señal de arrepentimiento.

Gab. No lo mereciais...

Laf. Ah! (*La besa la mano y entra en el gabinete.*)

ESCENA III.

GABRIELA. EL DUQUE.

Gab. Llegais á propósito, señor duque; venid.

Laf. Bésoos los pies, hermosa Gabriela. Desconfiaba de encontraros visible esta mañana, pero veo con gusto que os dignais recibirme á esta hora.

Gab. Iba á enviar á buscaros.

Duque. Ah! eso es mas de lo que yo puedo apetecer. (*Queriendo besarla la mano.*)

Gab. Señor duque...!

Duque. Qué...!

Gab. Os suplico que me presteis toda vuestra atencion... deseo tener con vos una esplicacion muy seria y detenida, una esplicacion que atañe directamente á mi honor.

Duque. A vuestro honor! Y quién sería el osado que se atreviese á tocarle? Hablad! Aqui me teneis si alguien se atreviese á ofenderos... Hablad, ya os escucho.

Gab. Se trata de una apuesta que vos habeis hecho, segun dicen, señor duque.

Duque. Ah! sí, voy á hablaros ingenuamente, Gabriela. Esa apuesta que os han contado es verdad, pero os amaba antes de haberla hecho. Desde el punto y hora en que os vi conocí que ya no era dueño de mi corazon; os seguí de París á Versalles y de Versalles á Chantilly. Despues vine aqui por vos... por vos sola... os lo juro... Hicieron esa apuesta otros dos calaveras como yo... pero sin que el objeto de ella fueseis vos ni persona alguna determinada, puesto que debia ser la primera que se presentase á nuestra vista... La casualidad hizo que pasaseis vos... mi honor estaba empeñado en salir airoso de la apuesta, y felizmente el amor ha venido en esta ocasion á sostener la causa del honor. Hé aqui la verdad, Gabriela, la verdad desnuda y completa. Si he cometido una falta ha sido involuntaria, y espero que me la perdonareis!

Gab. Sí, os la perdonaré, duque, por mas que sea cruel para una persona que todo lo ha perdido en el mundo, bienes, familia, nobleza, y que únicamente posee una reputacion sin tacha; por mas que sea cruel, digo, para esa persona tener que ver con indiferencia que cuatro ociosos palaciegos se divierten con su reputacion, que debia ser mirada á la par de las cosas sagradas, y se entretienen en hacerla desmerecer, ya que no pueden destruirla de

golpe. Bien está, señor duque... Os perdono esa apuesta en gracia del bien que me habeis hecho, aunque en adelante sabré á qué atenerme sobre la causa de vuestra proteccion y de vuestras bondades, que yo creía puras y desinteresadas; pero con una condicion sin embargo, y es, que me habeis de esplicar cómo ha sido arrojada esta carta ayer de ese balcon, entre diez y once de la noche... Tomad, caballero, leed.

Duque. Es inútil... Sé perfectamente su contenido.

Gab. Cómo...? Sabeis...?

Duque. No es de mi letra? A qué he de negarlo, si lleva mi firma?

Gab. Luego vos habeis escrito esta carta?

Duque. Lo confieso.

Gab. Y la habeis arrojado por ese balcon?

Duque. Por ese mismo.

Gab. Y á quién?

Duque. Yo qué sé...? al que la esperaba sin duda.

Gab. Estabais aqui, en este cuarto?

Duque. Sí por cierto.

Gab. Pero solo? Sin mí?

Duque. Cómo? Sin vos!

Gab. Estabais por ventura conmigo?

Duque. Pues, por supuesto.

Gab. Conmigo!

Duque. Con vos.

Gab. Mentís, señor duque.

Duque. Que miento! yo!

Gab. Sí, vos; y descaradamente, que es mas.

Duque. Señorita, con vuestro permiso; cuando una muger habla asi á un hombre, él solo debe contestar retirándose.

Gab. (*Deteniéndole.*) Oh! no! no! no os marchareis asi...! No porque os llameis Richelieu, no porque seais par y duque por dos lados, habeis de estar autorizado para calumniar á una débil muger, solo por ganar una apuesta miserable en que está empeñada vuestra palabra; y si esa muger es una desgraciada que todo lo ha perdido en este mundo, es-

cepto el amor de un hombre á quien ama, no habeis de estar autorizado tampoco para hacerla perder con una infame calumnia el amor de ese hombre! Oh! apelo á vuestro nombre, á vuestra clase, á vuestro honor, que tan mal camino lleva, y que está muy á pique de descarriarse, señor duque; habeis de decir la verdad, sí, la verdad, y ha de ser aqui, delante de mí! delante de mí, á quien habeis ultrajado... y habeis de titubear tanto menos en decirla, cuanto que es una muger la que os lo pide, y nadie podrá suponer que os habeis desdicho por miedo.

Duque. Pero... si teneis razon; conozco que he hecho mal; que debí haber fingido que perdia. Vamos, quereis que escriba á Laferté? Le diré que encontré despues esa puerta cerrada, y que por consiguiente la carta que le tiré por el balcon no sirve de nada. En fin, quereis qne le confiese que he perdido...? Estoy dispuesto á hacer todo lo que mandeis. No permita Dios que por una vanidad tonta vaya yo á deshacer un casamiento en el que estriba vuestra felicidad, segun decís! Os sacrificaré la mia! no es pagaros ni con mucho lo que os debo...!

Gab. Señor duque, todo eso que me decís es infernal... nunca llegué á suponer que se pudiese llevar la perversidad hasta ese punto. No señor! no! no! lo que os pido no es una carta! es una confesion lo que exijo de vos! una confesion aqui mismo, al instante... una confesion en que declareis que todo lo que habeis dicho hasta aqui es falso! que lo habeis dicho para escarnio de la verdad y mengua de vuestro nombre! Caballero, quiero que digais que me habeis calumniado! sí, calumniado vilmente... yo no mido las palabras, las digo tal cual la indignacion me las inspira. Sí, habeis de confesar todo eso... Y no respondo sin embargo de que no os despreciaré en adelante! Pero os perdonaré.

Duque. (*A media voz.*) Ahora caigo: por qué no me habeis hecho seña de que nos escuchaban, de que habia alguien escondido?

Gab. (*En alta voz.*) Aqui no hay nadie que os escuche, caballero... no hay nadie mas que yo... y á mí me habeis de responder!

Duque. Pues bien, si no hay nadie mas que vos... si solo os debo responder á vos, quiero deciros que me preciaba hasta ahora de conocer las mugeres, pero que veo que soy un solemne tonto: que cuando creía que ya nada tenia que saber, voy aprendiendo cada dia una cosa nueva, y que á vos únicamente estaba reservado el honor de darme la mejor leccion que he recibido en mi vida.

Gab. Basta, señor duque, basta: salid de aqui.

Duque. Obedezco, señora; mas no he perdido todas las esperanzas; volveré esta noche á la misma hora que ayer, y tal vez seré mejor recibido que por la mañana. (*La saluda, y vase.*)

Gab. Oh! Dios mio. Oh! Dios mio.

ESCENA IV.

GABRIELA. LAFERTÉ.

Laf. (*Abriendo la puerta del gabinete.*) Y ahora qué decís...?

Gab. (*Sollozando.*) Oh!

Laf. He hecho todo lo que me habeis dicho. Me he escondido, lo he escuchado todo, lo he oido todo, y sin embargo he cumplido mi palabra y no he salido á presentarme á ese hombre. Estais contenta?

Gab. (*Deteniéndole.*) Raul!

Laf. Oh! dejadme.

Gab. Raul...! escuchad... Ayer temiais con razon; vuestros presentimientos eran fundados; sí, la fatalidad se empeña en perseguirnos á ambos... porque á vos os alcanza esta desgracia tanto como á mí. Pero es imposible que me abandoneis de ese modo. Aqui se oculta alguna trama infernal é infame de la cual soy la víctima... una trama urdida no sé por quién, pero ha de ser por alguna persona que me aborrece mucho sin duda... Raul, es imposible que mi voz

no haga ya impresion alguna en vuestro corazon...! Es imposible que tan facilmente hayais creido que he podido olvidar en una sola hora los principios de toda mi vida; es imposible que de ayer á hoy me haya vuelto tan infame... Oh! mirad... si á mí me viniesen á decir que vos habiais cometido una vileza ó un crimen, que habiais huido en una batalla ó asesinado á otro... aun cuando fuera mi padre el que me lo dijera... no lo creería, Raul, no lo creería...

Laf. Pero en fin, señora, podeis negar que el duque ha entrado aqui?

Gab. No.

Laf. Que ha pasado á ese cuarto desde esta sala?

Gab. Podrá ser.

Laf. Ah! con que al fin lo confesais?

Gab. Sí, lo confieso... pero vos no sabeis, ni podeis saber que...

Laf. Entonces no estabais en este cuarto: habeis pasado la noche en otra habitacion?

Gab. Raul, he hecho un juramento terrible: no puedo deciros mas, creedme.

Laf. Pero no hay nadie que, por compasion hácia vos y hácia mí, pueda deshacer ese juramento?

Gab. Sí hay, decís bien; esa es sin duda una inspiracion del cielo; sí, cuando sepa la infamia de que me acusan permitirá que os lo diga todo, y entonces vereis... sí... sí... (*Llama. Sale Marieta.*) La señora marquesa? Dónde está? Decidla que necesito verla al instante, que la suplico que venga... Daos prisa.

Marieta. La señora marquesa se ha marchado muy de mañana á París con el duque de Borbon, y no volverá hasta la noche.

Gab. Oh! la fatalidad me persigue... Raul, aguardad hasta la noche... esta noche lo sabreis todo. (*Laferté va á marcharse: ella le detiene.*) Raul, no... no os ireis... Ah! os juro...

Laf. Sí, teneis razon, es una fatalidad. Ayer á las doce dejais la fonda para venir á vivir á palacio;

vengo por la noche, os importuna por primera vez mi presencia, y me manifestais deseos de que me marche; os hago que jureis que no vereis al duque, y apenas salgo yo entra él... me negais hace una hora que haya venido, y ahora me confesais que es posible haya estado en este cuarto hasta las tres de la mañana... Decís que no habeis pasado la noche en esta habitacion, y no podeis confesarme dónde la habeis pasado; añadís que un juramento os sella los labios, que solo una persona puede deshacer ese juramento terrible é inesperado, y esa persona no está justamente en Chantilly. Teneis razon, es una fatalidad inaudita, tan inaudita que verdaderamente parece increible, y que yo no la creo!

Gab. Qué he de deciros pues, Raul? Sí, sí, bien lo veo, todas las pruebas estan en contra mia: conozco que si se tratase de perder la vida por este asunto, la perderia sin duda, como tal vez perderé el honor! Pero aun cuando viera mi existencia amenazada, no quebrantaria el juramento que he hecho. Haced lo que os dicte vuestro corazon, Raul. Ya no os detengo. (*Déjase caer en un sillon.*)

Laf. (*Haciendo un movimiento hácia la puerta, y volviendo en seguida.*) Escuchad, Gabriela, yo sé que ese hombre emplea, para conseguir su objeto, cualquiera que él sea, medios diabólicos é ignorados. Pues bien, confesad que ese hombre os ha dado algun narcótico, algun brebage envenenado y maldito! Confesad que ha entrado aqui cuando estabais dormida... y no por eso cambiará mi amor, ni cambiará la risueña perspectiva de nuestro porvenir; le buscaré, le daré muerte, y quedaremos libres de él... Mirad, Gabriela, decídmelo francamente; prefiero eso, porque entonces nada tendré que recelar de vos y lo comprenderé todo facilmente... Pero no vengais á contarme ausencias imposibles, ni juramentos que no creo... Ya lo veis, yo no deseo mas sino amaros siempre! os ofrezco un medio facil... pues bueno; valeos de él si me habeis

engañado y sois culpable. Sí, no es verdad que ese hombre ha recurrido á la astucia ó á la fuerza? que es un hombre infame y no debo quejarme mas que de él ni vengarme mas que de él? Oh! por Dios, decidme alguna cosa que tenga apariencias de verdad si no quereis que muera delirando y maldiciendo de vos y hasta de Dios. En nombre del cielo, Gabriela; de rodillas si es preciso... Mirad, mirad quién es el que os suplica, y responded, Gabriela... ya os escucho.

Gab. No puedo deciros mas que lo que es, Raul. No he visto al duque desde anoche á las ocho.

Laf. Oh! ya es demasiado, señora. Sé lo que me resta que hacer.

Gab. Por la misericordia divina...

Laf. Dejadme, dejadme...!

Gab. Raul! Raul! Ah!

Laf. Por última vez, quereis confesarme la verdad?

Gab. No puedo deciros mas.

Laf. Entonces, pedid á Dios que os perdone, porque lo que es yo no os perdonaré nunca. (*Lanzándose fuera.*)

Gab. (*Cayendo de hinojos.*) Oh Dios...! Dios mio! tened misericordia de mí!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un salon.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE AUMONT. LANTA. CHAMILLAC *y otros varios señores en una mesa de faraon á la derecha: á la izquierda otros dos caballeros jugando á los dados.* LA MARQUESA *y* RICHELIEU *paseando.*

Duque. Os doy mi palabra de honor de que ha pasado tal como os lo cuento. Aun no he acabado de volver de mi admiracion! Me ha sostenido con una impavidez imperturbable que no sabia lo que queria decirla.

Marq. Pero en fin, cómo entrásteis en el cuarto?

Duque. Toma! por la puertecilla secreta.

Marq. Pues no me dísteis palabra de que no teniais la llave?

Duque. Verdad es; pero la envié despues á buscar.

Marq. A París?

Duque. A París.

Marq. En dos horas? parece cosa de fábula.

Duque. En dos horas y catorce minutos. Roberto me ha reventado los dos mejores caballos que tenia, Turena y Rómulo; la broma me cuesta mil luises.

Marq. Sois el noble mas pródigo y espléndido que conozco.

Duque. Pues mirad, marquesa, quereis que os hable con franqueza?

Marq. Hablad.

Duque. Os juro á fé de Richelieu que no me pesa haber gastado ese dinero.

Marq. Ah! duque, toda mi vida me acordaré de esa

palabra. Bueno, ahora me toca á mí deciros tambien una cosa.

Duque. Aguardad, aun no he concluido.

Marq. Acabad pues, es muy justo.

Duque. Os perdiais lo mejor del cuento.

Marq. Pues dificil me parece que tenga un fin mas completo.

Duque. Sí tal que le tiene... porque el que ha apostado contra mí...

Marq. Quién es?

Duque. Quién es! el Caballero de Laferté.

Marq. El Caballero de Laferté?

Duque. Pues todavía falta...

Marq. Qué decís...? Entonces tiene mas lances que una novela la tal aventura.

Duque. El cual caballero debia casarse dentro de tres dias con Gabriela de Belle-Isle.

Marq. Ah! de veras?

Duque. A fé de noble!

Marq. Cuando yo os decia que los Belle-Isle son enemigos mios.

Duque. Ahora os convencereis de lo mal que haciais en conspirar contra mí para que perdiese la apuesta, cuando yo no llevaba mas objeto que el de vengar á una amiga.

Marq. Con que iba á casarse con Laferté?

Duque. Pues no os lo he dicho? Para que veais cómo se enredan las cosas en este pícaro mundo. Sin embargo, segun parece el matrimonio debia haber tardado en efectuarse todavía á no haber ocurrido inesperadamente un acaso muy favorable. El jóven no tenia bienes, y para mayor desdicha su graduacion era bien poca cosa; de suerte que, como el conde de Belle-Isle, á pesar de hallarse preso, exigia que su yerno fuese algo mas que simple guardia, es muy posible que los pobres muchachos se hubiesen llevado aun mucho tiempo suspirando uno por otro; pero avínole de repente al caballero, sin saber por dónde ni cómo, el despacho de teniente de guardias, y cesaron todos los inconve-

nientes. Entendeis, marquesa? Cayó del cielo la charretera, y á Dios obstáculos. Para colmo de fortuna sucedió entonces que al mismo tiempo que la dama desembarcaba en Versalles, el caballero tomaba tierra en Chantilly, y probablemente vuestro mismo capellan los hubiera echado la bendicion y se hubieran casado secretamente la mejor noche en la capilla de palacio, si yo no me hubiera cruzado de por medio, lo cual siento á la par de mi alma, pues veo lo mal que se agradecen mis favores, marquesa. Eh! ahora os toca á vos, hablad; no teniais que decirme una cosa?

Marq. Sí, pero ya no os digo nada.

Duque. Y por qué?

Marq. Porque las cosas estan bien asi, y sería una lástima trastornarlas. Pero y qué ha dicho el caballero á todo esto?

Duque. Parece que quiere tomar el asunto trágicamente.

Marq. Oiga!

Duque. Sí; hoy ha estado ya tres veces en mi casa, dejando cada vez su nombre y la hora á que habia venido. Desgraciadamente yo estaba de caza, donde he reventado otro caballo; pero ya podeis figuraros que tan luego como llegué le devolví la visita, para darle las gracias por la molestia que se habia tomado en ir á buscarme... Sin duda estaba de Dios que no habiamos de encontrarnos hoy, porque me contestaron en su casa que habia salido; he dejado dicho que si queria verme me encontraria aqui, y aqui le aguardo. Pero hablando de otra cosa, qué noticias nos traeis de París, marquesa?

Marq. Ninguna. No he hecho mas que llegar y volverme en seguida. Estuvimos á tiempo para que el duque acompañase al rey hasta el estribo del coche, y S. M. se mostró con él mas risueño y complaciente que nunca, pues le encargó que no se hiciese esperar á la hora de la cena, porque queria jugar con él una partida. El favor del duque de Borbon crece de dia en dia.

Duque. Cuenta con el obispo; tened entendido que si se presenta alguna tempestad viene de él. Lo que es á mí me dió miedo el otro dia, porque me recibió con mejor cara que nunca.

Marq. Qué locura! Vos le calumniais, duque. Es un escelente hombre, y no desea mas sino vivir retirado de los negocios y grandezas de la corte... Olvidais que él mismo ha sido el que presentó al duque en cuanto murió el regente?

Duque. Hum! porque sin duda pensó que si se presentaba él mismo la transiccion era sobradamente violenta.

Marq. Os engañais; y la mejor prueba es que el obispo de Frejus al menor revés se da por vencido y se retira.

Duque. Sí; pero ya va de dos veces que con ese espediente se ha convencido él á sí propio, al paso que convencia á los demas, de que su real discípulo no puede pasar sin su apoyo. Decís que no le gusta el manejo de los negocios ni las etiquetas palaciegas, no es esto...? Pues algun dia le habeis de ver cardenal y primer ministro... No es verdad, duque de Aumont?

Aum. Amigo, tengo un juego bárbaro.

Duque. Pues ya sabes el refran: desgraciado en el juego, afortunado en amores.

Aum. Es el caso que yo no sé cómo me compongo, pero siempre pierdo por ambos lados.

Marq. Mala ocasion de quejaros habeis escogido, duque, porque justamente iba á pediros que bailaseis conmigo en la tercera cuadrilla.

Aum. Para muy tarde lo dejais, marquesa.

Marq. Tengo ya prometidas las dos primeras. Baron de Lanta, dad las cartas al duque, y oid una palabra.

Lanta. Teneis esa bondad, señor duque?

Duque. Con sumo gusto. Cuando volvais encontrareis á Aumont sin un cuarto y contento. Has puesto ya?

Aum. Sí.

Duque. Pues dame cartas entonces. (*Aumont da cartas.*)

Lanta. (*Paseándose con la marquesa.*) Aqui me teneis, marquesa; ya os escucho.

Marq. Aguardad; no quiero que esos señores lo oigan...

Lanta. Hola! Secreto tenemos...

Marq. Eh! ya vais á dar rienda suelta á vuestro amor propio... No se trata de lo que vos creeis, se trata al contrario de cosa muy distinta. Si veis entrar aqui al caballero Laferté, ya sabeis, ese teniente jóven que acaba de entrar en guardias, no le perdais de vista. Creo que entre él y el duque de Richelieu debe haber algun asunto pendiente, como desafio ó cosa que lo valga.

Lanta. El diantre de Richelieu es un loco de atar, asi Dios me salve! No se le puede aguantar! él solo me da mas que hacer que toda la nobleza junta! Y á propósito de qué es ese desafio?

Marq. Lo ignoro; pero sea la causa la que quiera, vuestro deber es estorbarle, como capitan que sois de la compañía de Caballeros gendarmas de Francia. Ya estais avisado. Cuidad vos ahora que no os tomen las vueltas, señor notario de causas sobre desafio. Esto es lo que tenia que deciros; acompañadme al salon de baile.

Duque (*Recogiendo el dinero de Aumont.*) Mirad, Lanta, mirad cómo me intereso por vos.

Lanta. (*Entrando en el salon de baile.*) Muy bien, continuad.

Duque. Cuando te digo que no debes jugar nunca contra mí, Aumont... tienes muy mala suerte.

Aum. Voy doble.

Duque. Pues vaya doble.

ESCENA II.

DICHOS. LAFERTÉ.

Laf. (*Mirando desde la puerta, y viendo á Richelieu.*) Gracias al diablo...! (*Sale y va á colocarse con mucha pausa frente por frente del duque.*)

Duque. Ah! ah! ahí estabais, Laferté? (*Levantando la voz.*)

Laf. Sí, señor duque; podeis oir dos palabras?

Duque. Soy con vos en acabando esta partida.

Laf. Bien, aqui aguardo. (*Pausa.*)

Duque. Eh! esto es hecho. Venga acá ese dinero, Aumont. Dios te lo pague. Chamillac, siéntate aqui; mira que corre viento próspero. (*Levantándose.*) Estoy á vuestras órdenes, caballero.

Laf. Ayer noche os estuve aguardando en la calle hasta las cuatro...

Duque. Es muy posible, porque yo salí por la puerta falsa del parque.

Laf. Hoy he tenido el honor de presentarme tres vece en vuestra casa.

Duque. Me lo han dicho, y lo he sentido sobremanera. Me hallaba de caza; pero sin duda sabreis ya que apenas estuve de vuelta...

Laf. Sí, os habeis tomado la molestia de pasar á mi alojamiento. (*Los dos se saludan.*) Creo, señor duque, que es inútil os diga el objeto mio al buscaros...

Duque. Me parece que le sospecho.

Laf. Ya sabreis que cuando un hombre se atreve á tocar á la reputacion de una muger cuyo padre y hermanos estan en la Bastilla... (*Sale Lanta y se acerca silenciosamente.*)

Duque. Debe esperarse que el amante de la jóven venga á pedirle una satisfaccion. Asi lo esperaba en efecto, caballero; no teneis que decir mas. Estoy á vuestras órdenes.

Laf. Juzgo inútil tambien advertiros que nadie necesita saber la verdadera causa de este lance.

Duque. La causa será la que mejor os parezca: la salida de la infanta, si os acomoda. Ademas que ya sabremos buscar un par de padrinos de buenas tragaderas.

Laf. Mejor que eso podiamos hacer, señor duque, y era no buscar ninguno.

Duque. Sea enbuenhora. Decidme la hora á que os hallareis paseando en la calle del parque que mas os convenga, y alli os buscaré. De ese modo el lance

mas que de duelo tendrá visos de un mal tropiezo.

Laf. Y cuál es el parage que mas os gusta?

Duque. A mí? el que esté mas cerca.

Laf. Entonces escogeremos la calle que va al bosque de Silvia.

Duque. Escelente.

Laf. Qué hora?

Duque. La que digais.

Laf. Las nueve de la mañana, si os place.

Duque. Está dicho. Qué armas?

Laf. No creo necesario detenernos en eso. Los dos somos nobles y caballeros, el arma de los caballeros es la espada; salimos con nuestras espadas, y de ese modo ni nadie lo reparará, ni nadie tendrá que decir.

Duque. Perfectamente. Mañana á las nueve, en el bosquecillo de Silvia sin mas armas que la espada.

Laf. Convenido.

Lanta. (*Dándoles en el hombro con un bastoncillo negro con puño blanco.*) Alto ahí, en nombre del rey. Yo, baron de Lanta, teniente de los Caballeros gendarmas de Francia y notario en las causas sobre desafios, os cito y emplazo para que en el término de ocho dias comparezcais ante el tribunal de condestables de Francia.

Laf. Nos escuchaban!

Duque. Lanta...! Hombre, el diablo cargue con vos! No puede uno tener la menor esplicacion ó disputilla sin que vea asomar al punto por cima del hombro la punta de vuestra vara negra.

Lanta. Sí, yo soy, señores; miradme bien, y considerad lo que haceis; miradme bien, duque, y vos, caballero; no va de chanza, os he emplazado, y desde este momento teneis la cabeza bajo la cuchilla de la ley. Dadme vuestra palabra de que hasta tanto que los condestables de Francia hayan resuelto si ha tenido ó no lugar el desafio, no habrá entre vosotros duelo ni encuentro á mano armada.

Duque. Amigo, esa es cosa que no me toca á mí, sino

al Caballero de Laferté; es negocio que corre por su cuenta. Si él os da su palabra, os daré la mia con mil amores. De no hacerlo, podeis tener entendido que mi hidalguía me manda seguirle adonde le acomode llevarme, aunque sea al cadalso.

Laf. Deseaba quitaros la vida, señor duque, pero yo solo y por mi mano. Aqui son tan inútiles los tribunales como los jueces. Entre el duque de Richelieu y yo, no debe haber en este asunto mas juez que Dios. Teneis mi palabra, señor de Lanta.

Lanta. No habrá entre vosotros riña ni desafio?

Laf. A fé de caballero.

Duque. A fé de duque y par de Francia!

Lanta. Bien está. Cuento con vuestra palabra, señores. (*Va á apoyarse en el respaldo de una de las sillas de los jugadores.*)

Un lacayo. Un correo que acaba de llegar de París desea hablar inmediatamente al señor duque de Aumont de parte de S. M.

Aum. (*Levantándose.*) Dais licencia, señores...?

Un jugador. Se entiende, duque...! el servicio antes que todo. (*Aumont se levanta y sigue al lacayo.*)

Duque. Caballero, siento en el alma...

Laf. Aun no está todo perdido, señor duque... Ya podeis figuraros que esto no puede quedar asi, y que no hubiera dado mi palabra si no hubiese encontrado otro medio de terminar este negocio. Habeis creido por ventura que me iba á dar por contento con una esplicacion tan superficial y tan facilmente terminada? Entonces me habeis hecho una nueva ofensa.

Duque. Os confieso que yo mismo me he quedado sorprendido de la docilidad que habeis mostrado.

Laf. Y sin embargo es muy sencillo el esplicárosla; el origen de nuestro desafio no es de naturaleza que pueda llevarse ante un tribunal: sobradamente comprometida se halla ya Gabriela sin que nosotros vayamos á perderla con semejante escándalo: no, no,

señor duque. Oh! tranquilizaos, no hay miedo de que tal suceda.

Duque. Sí, pero advertid lo que haceis; hemos empeñado nuestra palabra de honor...

Laf. De no desafiarnos ni reñir, pero no mas. Eso está bien, mas el que verdaderamente quiere vengarse de una ofensa que ha recibido, el que en este mundo no tiene que esperar ya ni tranquilidad ni dicha alguna, el que está decidido á recibir la muerte de manos de su enemigo ó á dársela á él de cualquier manera que sea, ese, señor duque, para un recurso que le falte tiene ciento que le sobren. No necesita mas que dar con un contrario caballeroso y leal que llegue á entender que no hay derecho para negar nada al hombre que por su causa lo ha perdido todo.

Duque. Pues yo me jacto de ser ese contrario leal, caballero.

Laf. Por eso mismo me he aventurado á dar mi palabra: conté con vuestro valor, duque.

Duque. Y habeis hecho bien; consiento en perder mi nombre si dejo de aceptar cualquier cosa que me propongais.

Laf. Bien está. Ahí tenemos dados y cubiletes... Echemos tres manos, y el que pierda...

Duque. El que pierda... acabad.

Laf. El que pierda se levantará la tapa de los sesos. Es una nueva especie de desafio, contra la cual no tiene poder alguno la condestablía.

Duque. Ah! ah! sí, por cierto... que es ingenioso... el tal medio.

Laf. Vacilais?

Duque. Hombre! os diré, esa proposicion es tan estraordinaria...

Laf. Seriais capaz de desecharla?

Duque. No: pero quiero reflexionar.

Laf. Cuenta, señor duque; va ya de dos veces que ha sucedido...

Duque. Qué ha sucedido?

Laf. Que al tiempo de desafiaros con otro se ha apa-

recido detras de vos, y como llamado con campanilla, un oficial de gendarmas.

Duque. Y eso qué?

Laf. Que las malas lenguas podrian decir que el medio mas cómodo del mundo para evitar un desafio era avisar al baron de Lanta.

Duque. No dirán tal; acepto.

Laf. Bien está: no esperaba menos de vos.

Duque. Solo os pediré una cosa, y es un plazo de seis horas. A menos de ser bastardo, siempre tiene uno que dejar arreglados sus asuntos en estos lances.

Laf. Seis horas, bueno! (*Acércanse á la mesa.*)

Duque. (*Sentándose.*) Con vuestro permiso vamos á echar un partida, señores.

Lanta. Hola! Os habeis hecho jugador, duque?

Duque. Eh! no mucho: quereis ir á medias conmigo, Lanta?

Lanta. Con sumo gusto; pero no poneis?

Laf. No; jugamos bajo palabra. A vos os toca, duque.

Duque. De ninguna manera. Empezad.

Lanta. Cincuenta luises por Richelieu, Chamillac.

Cham. Van.

Lanta. Ea pues, señores.

Laf. (*Meneando los dados.*) Voy á complaceros. (*Tirando.*) Cinco.

Duque. Ocho.

Cham. Mi revancha.

Lanta. Pero sepamos antes si estos señores continúan.

Duque. Sí.

Laf. Teneis la primer mano, señor duque; os toca tirar.

Duque. Acepto. Puede que asi os dé la suerte. Nueve.

Laf. (*Moviendo los dados.*) Mal os tratan, Chamillac; voy viendo que habeis hecho mal en apostar por mí. Once. Esto ya es otra cosa

Cham. Estamos en paz, Lanta.

Duque. Seguimos, Laferté?

Laf. Sí por cierto.

Lanta. Voy lo mismo.

Duque. Siete.

Lanta. Siete.

Cham. Empate: otro, que ese no sirve.

Duque. Lo dejamos, caballero?

Laf. Ahí va la respuesta. Nueve.

Duque. Once.

Laf. (*Levantándose.*) Señor duque, yo he perdido.

Cham. Ahí teneis los cincuenta luises, Lanta.

Duque. (*Dirigiéndose á Laferté.*) Oid... Laferté... espero que no habreis mirado esta partida como cosa seria?

Laf. Y por qué haceis esa suposicion?

Duque. Porque esa partida no es valedera.

Laf. Si lo hubierais juzgado asi, no la hubierais aceptado.

Duque. Sí, mas á haberla perdido yo...

Laf. A haberla perdido vos, hubieseis cumplido vuestra palabra, como yo cumpliré la mia. Las deudas de juego son sagradas.

Duque. Oh! os ruego que...

Laf. Son las tres. A las nueve quedará esta cuenta solventada, señor duque. (*Vase.*)

Duque. (*Siguiéndole.*) No hareis tal, si no estais loco. (*Vuélvese Laferté, saluda al duque y vase.*)

ESCENA III.

EL DUQUE.

(*Quédase solo en el proscenio. Los demas personages van retirándose poco á poco, y cada cual se dirige á su tiempo al salon de baile.*)

Lo hará ni mas ni menos como lo dice, estoy seguro. Hay hombres que con solo mirarlos una vez se puede juzgar de lo que son capaces...! Oh! pero es preciso buscar un medio de estorbar esa locura... Cómo permitir que vuelva á su casa... y alli... á sangre fria... Oh! no... por Dios que sería un asesinato...! Un jóven, noble, gallardo, valiente... dejar de existir dentro de seis horas y á sus propias ma-

nos... y todo por una apuesta infame, que me alegraria ahora haber perdido mil veces, y que maldito si sé esplicarme á mí mismo cómo la he ganado... No, no... Si se llegara á matar sería esta desgracia un roedor eterno para mí...! Oh! como nos hallásemos en París ya sabria yo hallar medio de estorbarlo... Hablaria al rey, sacaria una orden de prision, metia á mi hombre en la Bastilla, y alli, como no se ahorcase de los hierros de una reja... pero aqui... no sé cómo me componga... Vamos, es cosa de volverse loco.

ESCENA IV.

EL DUQUE DE RICHELIEU. EL DE AUMONT.

Aum. (*Se acerca pausadamente, y oye las últimas palabras.*) Sí en verdad, es cosa de volverle á uno loco.

Duque. El qué?

Aum. Lo que pasa.

Duque. Pues qué, te pasa á tí tambien algo? En efecto, traes el semblante alterado.

Aum. No es el caso para menos. Sabes las noticias de París?

Duque. No.

Aum. Revolucion plena en el gabinete.

Duque. Ba!

Aum. El obispo de Frejus, presidente del consejo.

Duque. Fleury!

Aum. El mismo.

Duque. Y el duque de Borbon?

Aum. Preso.

Duque. Preso! Un príncipe de la sangre!

Aum. Preso.

Duque. Pero cómo?

Aum. Charrost se ha presentado á pedirle la espada precisamente cuando iba á subir al coche para reunirse con el rey en Rambouillet, segun la invitacion que S. M. mismo le habia hecho.

Duque. Vamos, no es posible!

Aum. Es ni mas ni menos como te lo digo, amigo duque; una verdadera revolucion de serrallo hecha por un obispo... pero aun hay mas.

Duque. Cómo! hay mas aun...!

Aum. He recibido una real orden desterrando á la marquesa á su hacienda de Prie.

Duque. Y por qué te la han dirigido á tí?

Aum. Porque, como capitan de guardias, soy yo el encargado de escoltarla, querido Richelieu.

Duque. Ay! pobre Aumont de mi alma! Y qué vas á hacer?

Aum. Toma, qué he de hacer? obedecer.

Duque. Pero esa real orden dará algun plazo?

Aum. Ni un minuto. El exento no ha de regresar á París hasta que nos haya visto en camino.

Duque. Bueno! Mira, ahí tienes justamente á la marquesa, que viene á buscarte para que la saques á bailar.

Aum. Quisiera que me tragase la tierra.

ESCENA V.

DICHOS. LA MARQUESA.

Marq. Vamos, duque de Aumont, qué haceis ahí? No veis que estoy esperando?

Duque. Qué hace, marquesa? preguntadle mas bien qué es lo que va á hacer, porque estoy seguro que ni él mismo lo sabe.

Marq. Y qué quereis decir con eso?

Aum. Marquesa, me habeis de perdonar; soy el hombre mas infeliz! estoy desesperado.

Marq. Vos, Aumont, infeliz y desesperado! y por qué?

Duque. Marquesa, suceda lo que quiera, miradme siempre como uno de vuestros mejores amigos, y disponed de mi valimiento, si es caso que no se ha desvanecido con el vuestro.

Marq. Con el mio? desvanecido mi valimiento! pero señores, qué es lo que estais diciendo? Os habeis vuelto locos?

Aum. Ya sabeis, marquesa, que es imposible desobedecer al rey.

Marq. Eh! y quién piensa en desobedecer á S. M.

Duque. Quién? él! el pobre Aumont, que desearia hacerlo con toda su alma, pero que se ve en la precision de dar cumplimiento á las órdenes que ha recibido.

Marq. Y qué órdenes son esas? hablad por Dios, hablad.

Aum. No hay que asustarse, marquesa; tal vez sea un eclipse momentáneo.

Marq. Un eclipse! pero señores, me estais atormentando con vuestros preparativos. Vamos; ya sabeis que no me acobardo facilmente; decidme corriendo lo que hay.

Duque. Pues bueno. Sabed que el duque de Borbon está preso; que á vos os mandan que salgais inmediatamente para vuestra hacienda de Prie, y que Aumont es el que tiene la orden de escoltaros.

Marq. Eso es imposible, duque. (*Aumont la enseña la orden.*) Dios mio! la firma de S. M... Y no podré ver al duque de Borbon?

Duque. Para qué, si está preso?

Marq. Escribiré al rey.

Aum. Será inútil, el obispo Frejus abrirá la carta.

Marq. A la reina.

Duque. Eso ya es otra cosa.

Marq. Sí, sí: se acordará de que yo fuí la que la sacó de su destierro para que se sentara en el primer trono del mundo. Pero quién la entregará la carta?

Duque. Yo, en persona, marquesa.

Marq. Gracias, duque. Aumont, alargadme ese papel y esas plumas. (*Siéntase á escribir.*) Oh! Dios mio!

Duque. (*Reconociendo la letra.*) Marquesa!

Marq. Qué?

Duque. Marquesa, es esa vuestra letra?

Marq. Pues no lo veis? por qué lo decís?

Duque. Por qué? porque entonces (*Sacando del bolsillo la carta del acto segundo.*) ni esta letra, ni esta carta, son de Gabriela de Belle-Isle, sino vuestras; y si son vuestras, marquesa? oh! este es un enredo infernal! si son vuestras, quién es la que me recibió en esta estancia cuando yo creí encontrarla á ella?

Marq. Ingrato!

Duque. Oh...! Dios mio...! Oh! (*Dirigiéndose precipitadamente hácia la puerta.*)

Marq. Pero dónde vais? No esperais mi carta?

Duque. Oh! no se trata de vuestra carta ahora!

Marq. Pues qué hay?

Duque. Hay que dentro de seis horas uno de los caballeros mas nobles de Francia va á pegarse un tiro, y que vos sois la causa de su muerte si yo no llego á tiempo: esto es lo que hay. (*Va á salir al propio tiempo que aparece Lanta.*)

Marq. Ha perdido el juicio!

Lanta. (*A Richelieu.*) Duque, me habreis de perdonar, pero teneis que entregarme la espada.

Duque. Cómo...?

Lanta. (*Enseñándole un pliego.*) Ved aqui la orden de S. M.

Duque. Arrestado!

Lanta. Y conducido á París inmediatamente para dar cuenta al rey de vuestra conducta.

Duque. Oh! marquesa! marquesa...! Si por culpa vuestra llega á sucederle una desgracia, os juro que no os lo perdonaré en mi vida... Vamos, caballero, vamos.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del tercer acto.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA. UN LACAYO.

Gab. Conoceis bien al Caballero de Laferté, un jóven que es teniente de guardias, y que estuvo aqui ayer y antes de ayer?

Lacayo. Sí señora, le conozco perfectamente. Teneis algo que mandarme?

Gab. (*Cerrando una carta.*) Id á buscarle hasta que deis con él; tal vez le hallareis aun en su casa, porque no son mas que las siete... En hallándole, le entregais esta carta y le traeis aqui; decidle que necesito hablarle al instante mismo. Esperad; antes que os vayais avisad á Marieta.

Lacayo. Se ha marchado esta noche con la señora marquesa.

Gab. Pues qué, no está la marquesa en palacio?

Lacayo. No señora, se retiró antes de que concluyese el baile, acompañada del señor duque de Aumont.

Gab. Pero volverá; tiene que volver... hoy?

Lacayo. Lo ignoro; si gustais me informaré de ello.

Gab. Sí, pero antes id á llevar esa carta, y no os descuideis. (*Vase.*) Dios mio! qué es esto? Ayer me manda decir que no puede recibir... y hoy no está ya en palacio...! Tampoco he vuelto á saber de Laferté desde ayer... Vamos, no lo entiendo. (*Vuelve el lacayo.*) Pero qué? Aun no os habeis marchado?

Lacayo. He oido que subia gente por la escalera principal, y vengo á saber si he de dar entrada.

Gab. Oh! no, no; hoy no estoy para nadie.

Lacayo. Muy bien, señorita, pero justamente...

Gab. Qué?

Lacayo. Creo que ha de ser el Caballero de Laferté.

Gab. Oh! que entre, que entre! y pasadme recado en cuanto llegue la marquesa.

ESCENA II.

GABRIELA. LAFERTÉ.

Laf. (*Dentro.*) Está visible la señorita de Belle-Isle?

Gab. Entrad, Raul, entrad; para vos no hay etiquetas. Mirad, os habia escrito y os aguardaba, pero no confiaba en veros.

Laf. Haciais bien, porque á no ser por una circunstancia imprevista...

Gab. Sea la causa la que quiera, doy las gracias al cielo porque os vuelvo á ver. Ah! al fin os tengo otra vez á mi lado.

Laf. Sí; venia á pediros un favor.

Gab. Un favor! oh! hablad.

Laf. No tengo en el mundo mas que á vos, Gabriela; mi madre murió al darme á luz, y mi pobre padre pereció en la batalla de Denain. Ni tengo familia, ni amigos!

Gab. Ni amigos!

Laf. De suerte que no sabria á quién entregar un depósito muy importante si vos os negaseis á encargaros de él.

Gab. Cuál es?

Laf. Unos papeles concernientes á mis bienes.

Gab. Y por qué os desprendeis de esos papeles?

Laf. Porque voy á hacer un viaje, Gabriela.

Gab. Un viaje?

Laf. Sí, me separo de vos; y cuando se emprende un viaje, Dios sabe lo que puede durar la ausencia.

Gab. Qué decís?

Laf. No quiero asustaros; pero quién es capaz de prever las alternativas de la vida. En prueba de ello, si alguno me hubiera venido á decir lo que hace

tres dias me está pasando, le hubiera tratado de maldiciente é impostor.

Gab. Os escucho y os dejo hablar silenciosa y muda, á pesar de que cada una de vuestras palabras es una puñalada para mi corazon, Raul; decid, decid lo que gusteis, una vez que no os duele verme sufrir.

Laf. Creed que á mí tambien me cuesta mucho el hablaros asi; pero lo que tengo que deciros es de la mayor importancia: luego que lo sepais, no volveremos á ocuparnos de ello.

Gab. Ya os escucho.

Laf. Decia pues que estando á punto de emprender un viaje, y conociendo los peligros y desastres á que nuestra miserable existencia está espuesta, he pensado que no debia marcharme sin venir de antemano á pediros perdon por mis arrebatos de ayer. Nadie pierde tan imprevistamente, y de un modo tan doloroso, una esperanza, una ilusion que alimentó en su pecho... durante cuatro años, porque hace cuatro años que os amo, Gabriela! sin sentir desgarrarse su corazon; pero he reflexionado mejor y he pensado, que si por acaso llegaba á morir sin volveros á ver, podriais creer que habia muerto con el alma llena de resentimiento y rencor, y que esta idea amargaria toda vuestra vida... Por eso he querido venir á despedirme de vos antes de mi partida, no ya ¡ay de mí! como un amante de su desposada, sino como un hermano de su hermana!

Gab. Ah, Raul! cuán cruel sois! Tal vez no está lejos el dia en que os pese de lo que ahora me decís.

Laf. Nada os digo sin embargo mas que lo que debo deciros para que seais aun dichosa, si es que ya podeis serlo. Preferiríais que me hubiese separado de vos dejándoos en la creencia de que abrigaba el odio en mi corazon, cuando por el contrario os habia perdonado?

Gab. Perdonado!

Laf. Sí, perdonado; y no son tantas las horas que hace que he tenido valor para ello, creedlo...! Sin duda ha sido el cielo el que me lo ha inspirado,

porque los desgraciados siempre se acuerdan de Dios, y he pasado la mayor parte de la noche en una iglesia: he pensado en él, ó mas bien él ha pensado en mí, y he estado dos horas delante de un altar llorando y rezando!

Gab. (*Aparte llorando.*) Desgraciado!

Laf. En seguida he salido de alli para hacer los preparativos del viaje, y he venido, como ya os he dicho, á suplicaros que conserveis estos papeles... Si vuelvo, me los devolvereis... Si muero, los abrireis... Contienen varias disposiciones y mi última voluntad, que os suplico mireis como sagradas... A Dios, Gabriela!

Gab. (*Aparte.*) Y la marquesa no vuelve!

Laf. A Dios, Gabriela!

Gab. Raul...! Oh! no os marchareis!

Laf. Es preciso.

Gab. Sí, porque me creeis criminal... Pero escuchad... os juro por la salvacion de mi madre, por la libertad de mi padre, por vuestra vida, que es para mí mas preciosa y mas cara que la mia propia... os juro, Raul, que no soy culpable!

Laf. Ya me habeis dicho eso mismo, y no lo he creido... Ademas, no oí lo que dijo el duque?

Gab. Pues bien, á pesar de su acento de verdad, que ni aun yo sé esplicarme, el duque mentía... ó era como yo víctima de algun infame enredo... No me escuchais, Raul?

Laf. Sí, os escucho... Pero qué?

Gab. Oh! hago mal en deciros lo que voy á deciros, porque he jurado... pero sabed... que la noche en que pretende el duque que le recibí aqui... no la pasé en palacio!

Laf. No pasasteis la noche en palacio?

Gab. No. Salí á las diez... y no volví á entrar hasta las cinco de la mañana.

Laf. Pero entonces, dónde estuvisteis...? en nombre del cielo, decidme... dónde estuvisteis?

Gab. Dónde estuve...! ah! hé ahí lo que no puedo descubriros hasta que la marquesa me lo permita.

Ya he faltado á una parte de mi promesa revelándoos que no pasé aqui la noche. Reflexionad en ello, Raul...! Compadeceos de mí, y no me pregunteis mas en este momento, porque es tanto lo que he sufrido desde ayer... que por deteneros tal vez os lo confesaria todo... todo... violando un juramento sagrado.

Laf. Con que no estabais aqui...! Oh! Dios mio!

Gab. No estaba aqui, ya os lo he dicho... Ahora, no os pido mas que una cosa... una sola... y si aguardais en vano, matadme despues, Raul, ó lo que es aun peor para mí, abandonadme y despreciadme... Aguardad hasta tanto que pueda poneros delante de la marquesa y pedirla de rodillas que os lo diga todo.

Laf. La marquesa! pues acaso ignorais que ya tal vez no la volvereis á ver?

Gab. Qué decís?

Laf. Se ha puesto en camino esta noche.

Gab. En camino!

Laf. Para sus tierras de Prie, adonde ha sido desterrada.

Gab. Desterrada!

Laf. El duque de Borbon ha caido del poder y la ha arrastrado tras sí en su caida... Os maravillais de oir cosas que debeis saber tan bien como yo...

Gab. No es ya ministro el duque de Borbon?

Laf. No, Gabriela, y con ese motivo vuestro padre va á conseguir su libertad.

Gab. No es ya ministro el duque de Borbon!

Laf. Desde ayer á las doce.

Gab. Bajo palabra de honor, Raul, es positivo eso que me decís?

Laf. Os importa por ventura?

Gab. Laferté, os pido que me digais bajo palabra de honor si el duque de Borbon es ó no ministro.

Laf. No lo es ya.

Gab. Pues entonces ya puedo declarároslo todo, porque quedo libre de mi juramento... Raul, nos hemos salvado. Sí... aquella noche... Ah! qué dichosa soy!

Laf. Acabad. Aquella noche...

Gab. Salí en un coche de la marquesa con una carta que ella me dió. Aquella noche, en la que vos, incrédulo y ciego, pensábais que os habia engañado, estaba yo en los brazos de mi padre, á quien no habia visto hacia tres años, como ya sabeis... Y si aun dudais, Raul... mi padre, sí, mi anciano padre os jurará por sus venerables canas que digo la verdad.

Laf. Basta! basta!

Gab. Hé aqui la causa de mi turbacion; hé aqui por qué deseaba que os separáseis de mi lado por primera vez en mi vida; hé aqui, en fin, por qué no podia deciros nada...! porque habia jurado á la marquesa, que me dió aquella carta sin noticia del duque de Borbon, que mientras el duque de Borbon fuese ministro guardaria el mayor silencio sobre un secreto que podia perderla y ocasionar la muerte de mi padre. Salí de palacio diez minutos despues que vos de esta estancia... y acababa de volver cuando os presentásteis por la mañana.

Laf. Oh!

Gab. Con que ahora... ya lo veis... el culpable sois vos, y yo debo ser el juez... recordad que me habeis acusado; recordad lo que habeis creido y las duras palabras que me habeis dicho, á mí, á vuestra Gabriela! Sabeis que cuando os marchásteis no sentia lo que por mí pasaba, y viéndome separada de mi padre y de vos, me creí abandonada de la mano del Señor, y pensé atentar contra mi vida...

Laf. Oh! Gabriela! Gabriela!

Gab. Sí, porque ya que no podia justificarme viva, tal vez me hubierais dado crédito al saber mi muerte! Tal vez hubierais dicho entonces para vos: Pues se ha dado muerte porque la abandonaba, es señal de que me amaba, y si me amaba, no ha podido engañarme. Vamos, quién es ahora el que ha de perdonar, vos, ó yo? No, ahora y siempre el que me ama sois vos, y la que os ama con delirio soy yo. Olvidemos lo pasado, no pensemos mas que en

el porvenir, que es nuestro! en el porvenir encerrado para nosotros en estas dos palabras: — Yo te amo siempre; me amas todavía?

Laf. Basta! basta por piedad! Pero entonces, decidme por Dios, porque siento que mi razon se ofusca y temo que me voy á volver loco... si no estabais aqui, si estabais en París... todo lo que decia aquel hombre era falso! mentía ese deslenguado duque! mentía como un infame! Oh! (*Mira al reloj, que da al mismo tiempo las ocho y media.*) y no tengo mas que media hora para buscarle, para vengarme de él! Media hora! Media hora no mas! Oh! Dios de misericordia! (*Se precipita hácia la puerta, y Gabriela le detiene.*)

Gab. Raul, no os entiendo. Me teneis aqui; os digo que no soy culpable; os lo pruebo; os repito que os amo, y en vez de contestarme pensais en ese hombre! Olvidad al duque y despreciad sus calumnias; ocupémonos de alcanzar el perdon de mi padre, que en el dia nos será facil, y dejemos en seguida á París para volver á respirar el aire puro de Bretaña; alli seremos dichosos!

Laf. Dichosos, Gabriela...? dichosos...! oh! vos no sabeis... no sabeis lo desdichado que soy!

Gab. Qué decís?

Laf. Dejadme salir, dejadme que le busque antes que den las nueve.

Gab. Oh! no os movereis de aqui, Raul... Yo no sé lo que quereis decir ni lo que intentais hacer... pero no saldreis de aqui. Pasareis por cima de mi cuerpo antes que por esa puerta... Llamaré, gritaré, si es preciso.

Laf. Oh! morir, morir siendo tan amado...! morir asesinado en este momento...! es imposible... Oh! Gabriela, ven, ven... repíteme que me amas... Yo no debí fiarme en mis ojos; antes que dudar de tí debí haber dudado hasta de mí mismo! pero al creerte infiel, veía que era preciso renunciar á tí para siempre; y eso ¡infeliz de mí! era lo que me mataba. Qué hubieras hecho tú si me hubieras crei-

do infiel? Hubieras deseado morir, no es verdad... Pero tú eres muger, eres un angel de pureza, y no hubieras pensado mas que en morir perdonando, y no hubieras pensado en la venganza. Mas yo... oh! yo tenia sed de vengarme... fuí á ver á ese hombre, Gabriela... no deberia decírtelo, pero me falta la fuerza y la razon. Le he desafiado; íbamos á batirnos...

Gab. Gran Dios!

Laf. Pero nos prendieron; Lanta nos exigió nuestra palabra, y no habia mas remedio para terminar nuestro duelo que compareciendo y manifestando la causa ante un tribunal de mariscales...! La causa era tu deshonra, Gabriela...! O perderte ó no vengarme! entonces le propuse jugar la vida á los dados.

Gab. Raul!

Laf. Y aceptó! porque es valiente.

Gab. Y...?

Laf. Y yo perdí.

Gab. Ah! todo lo comprendo ahora: por eso veniais á despediros... esa ausencia debia ser la muerte... pero no permitiré que murais por mí, Raul... queriais morir porque me creíais culpable; pues bien: ya sabeis que no lo soy... ya sabeis que os amo y os he amado siempre... Oh! Dios mio! Dios mio...! Por qué he encontrado á ese hombre en el mundo!

Laf. Ya ves que es preciso que le busque y le dé muerte.

Gab. Oh! no saldreis de aqui... Antes me agarraré á vos y me arrastrareis hasta él.

Laf. No hay otro medio de salvarte... Si él muere nadie sabrá lo que ha pasado, ni que hoy á las nueve debia yo... Lo oyes, Gabriela, estoy diciendo cosas imposibles... estoy tentado de cometer una vileza... y... ah! mira si te amo!

Gab. Sí, me amas cual yo te amo, Raul, pero ten piedad de mí... Oh! Dios mio! Si te tuviera á mis pies como yo estoy á los tuyos, lograrias que hiciese todo lo que quisieras... pero los hombres jamas

entregais vuestro corazon entero al amor! casi todo él está dominado por el orgullo! Vamos, dime qué he de hacer... yo no puedo estar asi sin ayudarte... quieres que vaya á buscarle? quieres que le diga que me mata si te mata? Ten lástima de mí, Raul... mira que mi cabeza se arde... y que voy á perder el juicio.

Laf. Valor! Gabriela!

Gab. Valor para verte perecer...! Si fuera para morir contigo!

Laf. Oh! qué horrible situacion...! Gabriela! Déjame por piedad... Gabriela! por Dios!

Gab. Escucha!

Laf. Qué?

Gab. Es su voz...! es la voz del duque!

Laf. Del duque...! Oh! sí, se ha estremecido mi corazon. Oh! la justicia de Dios nos le trae aqui.

Gab. Raùl! (*Intentando detenerle de nuevo.*)

Laf. Ahora á tí, Gabriela... ahora te toca á tí esconderte de ese hombre. Tengo derecho á exigir que tú hagas por mí lo que ayer hice yo por tí.

Gab. No, no quiero dejarte solo.

Laf. Gabriela! si os quedais... no respondo de nada... arrastraré ese hombre hasta vuestros pies.

Gab Obedezco... obedezco... pero en nombre del cielo!

Laf. Tranquilizaos... Pronto, que ya llega.

Duque. (*Dentro.*) Vete con mil diablos, bellaco! te digo que sé que está aqui... que quiero hablarle... y he de hablarle. (*Abre la puerta.*)

ESCENA III.

GABRIELA, *escondida.* LAFERTÉ. EL DUQUE, *cubierto de polvo y con botas de montar.*

Laf. (*Yendo al duque, que entra desaforado en la escena.*) Ah! por fin os tengo aquì!

Duque. Y yo á vos, gracias al diablo. Miedo tenia de no encontraros. Ya no os suelto.

Laf. Señor duque, habeis mentido como un villano.

Duque. Demasiado lo sé, vive Dios, pues acabo de hacer diez leguas á escape para decíroslo. Ya hace seis horas que lo sabriais si no me hubieran preso como á otros muchos y llevado á París; pero por fortuna me ha bastado decir una palabra al rey para justificarme, y aun he llegado á tiempo. (*Gabriela sale del cuarto.*)

Laf. Qué quereis decir con eso?

Duque. Digo, caballero, que si no os dejo contento con la satisfaccion que voy á daros, que si no me perdonais, jamas me consolaré de lo que acaba de sucederme con respecto á vos. Digo que he sido engañado, chasqueado, burlado... como un tonto, por la marquesa de Prie, que sin duda no ha advertido en lo delicado de este lance. Digo, señor de Laferté, que la señorita Gabriela de Belle-Isle es tan pura como un angel bajado del cielo, y que os suplico me pongais á sus pies para prosternarme delante de ella y obtener mi perdon de su propia boca. Porque la he insultado, sí señor, la he insultado, y me arrepiento de ello como de una accion villana y vergonzosa. Estais contento, caballero? Os parece bastante satisfaccion?

Gab. Oh! sí, señor duque... Acabóse todo, pues tan noblemente os habeis portado. Ah! sois un caballero. Vamos, Raul, qué esperais ya para alegraros conmigo y dar gracias á Dios por nuestra dicha...? (*Al duque.*) No sabeis... queria matarse, el insensato!

Duque. Hemos jugado dos partidas, Laferté; no quiero acordarme mas que de la que he perdido. Vamos, hablad, me perdonais...? Hacemos las paces?

Laf. (*Presentando Gabriela al duque.*) Señor duque, hé aqui Gabriela de Belle-Isle, mi muger. (*Presentando el duque á Gabriela.*) Gabriela, hé aqui el duque de Richelieu, mi mejor amigo.

FIN DEL DRAMA.